

JOSE GABALLERO

LOS MUISCAS

LEYENDA HISTÓRICA
DE LA
CONQUISTA Y COLONIZACIÓN
DEL
Nuevo Reino de Granada



SAN JOSÉ DE COSTA RICA
IMPRENTA Y LIBRERÍA ESPAÑOLA
Maria v. de Linares
1900



ANACÓLUTOS

Poco á poco va borrándose, en Hispano-América, el recuerdo de los acontecimientos gloriosos que registra la historia de la conquista y colonización de las diversas tribus que poblaban los países del vasto continente, descubierto por el navegante genovés Cristóbal Colón.

Hoy se conoce menos la historia antigua americana, que la historia antigua de las primitivas naciones que fueron en el viejo continente la cuna de la civilización, y, en puridad de verdad, no es menos hermosa la una que la otra.

La juventud estudia, á grandes rasgos, los sucesos más culminantes de la época de la emancipación política de las colonias españolas esparcidas en este dilatado continente, y no es raro hallar americanos que, con igual propiedad que el europeo, conozcan la historia contemporánea del mundo, y deduzcan de su estudio las consecuencias que á la humanidad han traído las luchas decisivas por la libertad, en el otro lado del planeta, y en cambio ignoran, casi por completo, la historia de su propio país.

Preciso es contribuir cada cual, á la medida de sus

alcances, á despertar en la juventud el amor por el estudio de la historia patria antigua, digna por todos conceptos de ser cantada en épicos versos por la lira de Homero y Virgilio.

Después que el Coronel don Joaquín Acosta escribió su *«Compendio Histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada,»* que don Lucas Fernández de Piedrahita escribió su *«Historia General de las conquistas del Nuevo Reino de Granada,»* que don José Manuel Groot escribió su *«Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada, desde su descubrimiento hasta el 20 de julio de 1810:»* ningún otro, á excepción de don Eugenio Ortega, que escribió su *«Historia General de los Chibchas,»* se ha dedicado á fomentar en Colombia el estudio de esta bella parte de nuestra historia patria.

Se da más preferencia á las enmarañadas descripciones de los tiempos prehistóricos de los pueblos helenos, anteriores al *cataclismus* de Ogyges, que á la leyenda muísca que nos cuenta otro diluvio, causado por las avenidas de las aguas del Sopó y del Tibito, convertidos en vasto lago.

La fecunda fantasía de nuestros bardos y trovadores consagra su numen á describir, con belleza en la narración y pulcritud en el estilo, las proezas de los héroes y dioses de la primitiva Roma; pero ninguno dedica los dulces arpegios de su lira para enseñarnos cómo se formó el imperio chibcha, creado por Chiminigagua y llevado á su mayor época de esplendor bajo el reinado del ilustre Nemequene.

Nadie ignora que la mitología atribuye la fundación de Roma al alumbramiento de Silvia, cuyos dos hijos, amamantados por una loba, fueron arrastrados por las aguas del Tíber hasta la cumbre del Palatino; pero se olvida ó se ignora que la tradición muís-

ca asigna á Bachúe el origen de la humana especie, con el parto de un hijo en la laguna Igaque.

Refieren los anales de los primitivos persas, que la lucha eterna que existe entre Ormuzd y Ahrimán, representa el árbol de vida en donde están constantemente batiéndose el genio del bien y el genio del mal; pero nadie se apercibe de que ese desacuerdo es, en lenguaje chibcha, el mismo que eternamente sostienen Chibchacum y Bochica.

La laguna Estigia borra las impurezas de la vida terrena y prepara á los mortales para ser conducidos en la barca de Caronte al reino de Plutón; pero las almas de los chibchas también vuelven á las regiones de Chiminigagua, después de haber lavado sus impurezas en la laguna de Guatavita.

Baco, embotado por el vino y el placer en una orgía, comparte su dicha con el torpe Sorra, que dormía influenciado por la chicha, y despierta al cabo, después de infernal *quachabara*.

Términus cuida las fronteras; pero Chaquén, adornado con plumas, petos y diademas, demarca las sementeras esparcidas al pie de las cumbres andinas.

Los argonautas se dirigen al impulso de sus esqui-fes, movidos por el incierto aquilón, en busca del Vellocino de Oro, y los conquistadores del Nuevo Mundo corren á lejanas comarcas en persecución del Dorado de Dobaibe.....

Ese es el origen de la historia de los pueblos.

Con la timidez natural en quien carece de aptitudes y de talento para ocuparse en empresas superiores á sus escasos alcances, hemos acometido este ensayo, sin la pretensión de que sea una novela; porque

en él no hallarán los que se dignen leerlo. la elevación de pensamientos, la sublimidad en las ideas, la belleza en las descripciones, la naturalidad en las metáforas, el interés en la narración, el fondo en el argumento ni una tenaz y persistente propensión hacia un determinado plan; todo lo cual imprimiría á la obra el carácter del género literario enunciado.

No es tampoco este opúsculo un relato histórico; porque los acontecimientos ciertos que se narran están enlazados con sucesos fingidos, que desvirtúan el mérito que tendría el libro de contribuir á la crítica de las costumbres sociales, derramando en los pueblos un dechado de profundas enseñanzas.

Es por esto que hemos creído más apropiado llamar modestamente *leyenda histórica*, la presente obra, escrita en nuestros ratos de ocio. Ojalá sirva siquiera de recreación á nuestros benévololectores.

No nos hemos ceñido rigurosamente á la historia de los chibchas, en la formación de esta leyenda, al escoger personajes y distribuir papeles.

Thisquezuzá, que es el protagonista, está colocado en diversas situaciones en las cuales se notará que hay indudables anacronismos. Michúa, que fué varón, gobernó en Hunsá y medió en la guerra del cacique Guatavita con el cipa Saguanmachica, figura aquí como mujer de Panquiaco, á quien se supone cipa del imperio panche, no obstante que con este último nombre sólo se conoce en la historia al hijo de Comagre, cacique de la comarca del Darién, quien indicó á Vasco Núñez de Balboa el derrotero que lo llevó á descubrir el Mar del Sur.

Apesar del cúmulo de inconsecuencias que se anotan ahora y que se observarán en todo el curso de esta iliteraria obrita, que nada notable contiene ni nada nuevo enseña; aventuramos pensar que nuestros

lectores verán en ella el deseo de cultivar una literatura poco conocida, con el abundante material que espontáneo crece en el Edén Americano.

Surjan, pues, inspirados vates que pongan de relieve las proezas del invencible Nemequene en la legendaria campaña contra Ebaté, Susa y Simijaca; conmuevan á los protegidos de Euterpe la constancia, el valor y el denuedo de los heroicos panches, para cantar en variados tonos la sublimidad del sacrificio de esta tribu; que la caída del último cipa imprima en la historia de los pueblos libres, profundos surcos, tajados con el estilete mágico con que Fidias y Polícteto inmortalizaron el divino arte escultórico.

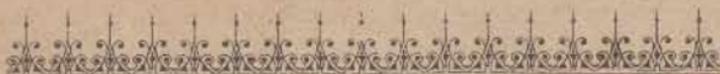
Escrito este ensayo en un rincón de las playas que el Caribe baña; en un clima donde el ardiente rayo de los trópicos no convida al trabajo intelectual; donde el vivir es pura prosa, no sometida á reglas: no es posible alcanzar la protección de las Musas, para dar novedad á las escenas de un idilio ni majestad é interés á las bellezas de un poema.

Esta obra carece en absoluto de mérito; no es digna siquiera de que una severa crítica la esculque y saque á relucir los montones de ripios con que ha sido zurcida, para exhibirla en su ataviada desnudez.

Por el plan, por el fondo, por la forma, por los detalles, por el conjunto, en fin, es este libro, desde el comienzo, un cúmulo de verdaderas inconsecuencias.

Y como *Anacólutos* significa *inconsecuencia*, de ahí, lectores, la justificación del mote que encabeza este prólogo.

JOSÉ CABALLERO.



CAPÍTULO I

Una fiesta en Muequetá

Poco antes de la conquista del imperio chibcha se festejaba en el templo dedicado á Chibehacum, la gran fiesta que al principio de cada siglo se le tributaba á este dios, fuente inagotable de todo bien, y protector de la agricultura, de la ganadería y de los artistas que labran el oro.

Comenzaba el signo *Ata* su revolución acostumbrada, cuando se hicieron los preparativos para solemnizar la fiesta religiosa en conmemoración del nuevo siglo. El edificio destinado á celebrarla estaba dividido en dos partes: la del frente servía de oratorio y la de atrás era un departamento que prestaba el servicio de *cuca* y servía de residencia á los jeques.

El día de la fiesta (*Susa, ubchihica ata Suhuza*), además de los que ardian en los días ordinarios, colocaban gran cantidad de candiles llenos de *moque*, que se quemaba en honor de las divinidades.

El templo estaba decorado del modo siguiente: la diosa *Bachué* con un niño en los brazos, (su esposo é hijo á la vez), estaba colocada en miniatura en uno de los rincoles del templo; en el centro unas imáge-

nes de oro de Bochica y de su rival Chibchacum, la una al frente de la otra, representábanlas titanes vestidos á la moda chibcha, con las orejas y narices horadadas y joyas pendientes de ellas; los mantos, del mismo metal, exhibían figurillas pintadas con bija, achiote ó almagre. En medio de las dos imágenes y en una especie de fuste de columna, había una urna destinada á recibir la sangre de las víctimas de los sacrificios; al pie del fuste estaban situadas varias pequeñas urnas para depositar las ofrendas de oro, plata, esmeraldas ú otros objetos de valor que se dejaban allí después de la ceremonia de la libación, y en algunas partes, en desorden, varios cenotafios, destinados á perpetuar la memoria de las cipas. El resto del templo estaba vacío y servía para acomodar á los espectadores.

Varias inscripciones, en lenguaje *chibcha* aparecían en las paredes y contenían máximas de moral predicadas por el gran profeta y legislador Nenterequeteba. Dos viejos jeques, á semejanza de los vestales en el culto romano, estaban encargados de mantener perenne el humo perfumado del moque. Si lo dejaban apagar se les condenaba á morir empalados, y tan aciago acontecimiento se reputaba como precursor de muchas desgracias.

El vestido de los dos jeques consistía en una especie de red que apenas les cubría el cuerpo.

Había en el vestíbulo del templo unas pinturas de aspecto grosero que representaban al dios Nencatacoa invitando á un jeque y á un usaque á probar la *chicha*.

A la hora *cagüi* se formó el cortejo en el palacio del cipa, quien debidamente impregnado de trementina, salió acompañado de estos personajes: los jeques; el cipa de Hunsa; los usaques de Guasca, Cipaquirá y Guatavita; los guechas que estaban francos, y los

demás oficiales y gente del pueblo que quisieron concurrir.

En medio de la *quachabara*, de los cantos y de los gritos descompasados, en desarmonía con la música de los pitos, de las bandolas, las panderetas y las chirimías, iban todos marchando ó danzando y comiendo ó bebiendo.

El itinerario de la procesión fué el siguiente: del palacio de Nemequene tomaron la principal calle de Muequetá; de ahí por las *sunas*, después de mil rodeos, se dirigieron á la laguna de Guatavita para verificar la ceremonia de dorar al cipa y sumergirlo en aquel estanque, concluido lo cual, la procesión siguió hasta el templo.

El infeliz *Guesa*, colocado en unas andas, junto con el cipa, estaba reservado para ser sacrificado en aras del culto de Chibchacum.

Suponían los chibchas que con este sacrificio humano harían propicia á la nación la nueva revolución del período de tiempo, que comenzando en *Ata* terminaría en *Guetu*.

Guesa iba con el rostro y las manos pintadas con almagre, el cual color no hacía notable la sangre que derramaba á consecuencia de los zurriagazos que, por entretenimiento, de cuando en cuando le deslizaban.

El sacrificio de la víctima tenía por objeto aplacar la ira de Ghibchacum, hacer cesar los males que affligían á la nación chibcha y elevar preces al cielo para que hubiera abundancia en las sementeras que iban á cultivar.

La comitiva descansó en Guatavita, al pie de la laguna.

Los jeques clavaron cuatro estacas al rededor de ésta, ataron en las partes extremas dos cuerdas que cruzaron formando ángulos casi iguales, pues eran

casi rectos, y del centro de la cruz pendieron una tarabita de la que debía sujetarse el cipa para descender. Antes de esta ceremonia extendieron una piel de león en el suelo, cubierta con una espesa capa de oro en polvo. Nemequene se acostó encima y se revolcó hasta que quedó dorado, de la cabeza á los pies. En seguida ocupó la tarabita, y fué deslizado, poco á poco, al compás de la *guachabara* que formaban los chibchas con sus descompasados gritos acompañados de estrepitosa música.

Totalmente sumergido el cipa, zabuyó algunos segundos, repetidas veces. Durante el baño un jeque entonó un canto á Bachúe y después arengó al pueblo por la felicidad de que gozaba éste teniendo un cipa justo, poderoso y hourado.

Concluída la ceremonia con la ascensión de Nemequene á la superficie, se le enjugó hasta dejarlo totalmente limpio de la trementina y del oro.

Esta ceremonia significaba que el cipa tenía tres atributos, por los cuales se le ofrendaban tres cosas: la *trementina*, emblema del pontificado, pues Nemequene, como sucesor del gran Nenterequeteba, era hijo del sol, y aquella ofrenda le era dedicada por su origen divino; el *oro* en polvo, signo de la soberanía y del poder, representaba el cipazgo; y el *agua* de la laguna de Guatavita, significaba que Nemequene, como hombre, estaba sujeto á todas las penalidades de los demás seres y adolecía de defectos que podría enmendar con la práctica de una sana moral, para lograr por este medio gobernar bien, ser respetado y amado de sus súbditos y lograr después de su muerte la recompensa de ser colocado en momia, en una bóveda, junto con sus más queridas thiguyes.

Continuó la procesión hasta Funza, en cuyos alrededores estaba el suntuoso templo chibcha. El séqui-

to se detuvo allí, los devotos entraron y dió principio el horroroso sacrificio humano del pobre *Guesa*.

La operación consistía en arrancar las entrañas y el corazón á la víctima, con la mayor calma, y depositar después ambas cosas en una urna de oro, sostenida por el fuste de una columna. La sangre se colocaba en una piscina, después de la libación.

Era costumbre entre los chibchas inaugurar alguna obra notable el día de aquella fiesta, y, si no había nada que emprender, se prestaba juramento de hacer ó dejar de ejecutar alguna cosa.

Colocado en una plataforma, dobladas ambas rodillas, las manos detrás é inclinada la cabeza, se prosternó Nemequene delante de la imagen de Chibchacum é hizo el siguiente juramento:

«Aquí, entre los dioses Bochica y Chibchacum, al apuntar *Suamena*; entre las libaciones y los vítores del gran pueblo chibcha de quien estoy rodeado y á quien me honro en gobernar, y en presencia de los jeques, manifiesto: que como sucesor del gran Nenterequeteba, fundador del imperio, juro mantener la independencia y dignidad de mi pueblo; hacer la guerra abierta y declaradamente á los panches y demás enemigos de la nación chibcha; prometo que haré primero reducir á cenizas las poblaciones, convertir los templos y los alcáceres en escombros y ruinas, talar los campos, matar á mis thiguyes, á mis hijos y á mí mismo, antes que consentir en ver á mis vasallos reducidos á la servidumbre de un extranjero; declaro que como pontífice mantendré incólumes los dogmas y principios de la religión de mis mayores; juro trabajar por el bien de los chibchas, en primer término, y del género humano en segundo; prometo no perjudicar á ningún ser viviente, bendecir todo lo que sustenta la tierra en su superficie y se-

parar los abrojos y la cizaña que abaten la buena
cimienza.»

«Bendícenos, oh Chibchacum, contén tu enojo y
que cese la lucha que tiempo há, tienes empeñada
con Bochica, para que así éntre la paz en los cielos
y en la tierra y seamos todos contentos y felices.»



CAPÍTULO II

Una fiesta en Muequetá

(CONTINUACIÓN)

Terminada la ceremonia del juramento, Nemequene se puso en pie, volvió á colocarse en las andas, y, acompañado de sus vasallos, se dirigió á una casa de recreo, situada en Tabio.

Era *Suamena* cuando el cortejo, en buen orden, comenzó el desfile, dividido en dos alas.

El opaco sol de la sabana de Muequetá saludaba las primeras horas de la mañana y la fresca brisa de las montañas arrancaba las perlas de rocío que por atracción pendían de las verdes hojas de los árboles, cuyas frondosas copas dificultosamente interceptaban los rayos del benigno rey de los planetas, formando precioso crepúsculo, como si fueran la sombra de espesísima enredadera, suspendida de inmensa y elevadaísima barbacoa. El murmurio de las aguas, corriendo veloces por el cauce de los arroyuelos, al unísono con los gorgoros de las aves canoras, y el bello paisaje de las alfombras de silvestres flores de colores diversos: todo comunicaba á la fiesta un aspecto poético y admirable.

Los que componían la comitiva iban como en mogiganga, con flechas y tiraderas, adornados con joyas, consistentes en aretes, lunas y medias lunas de oro, pendientes de las orejas y las narices; pieles de fieras les servían de mantos; algunos llevaban máscaras; llorando iban unos, riendo otros, y todos brincando, bailando, atropellándose y refocilándose.

Los bailes consistían en danzas y no participaban de los repugnantes gestos con que son acompañados los de la moda moderna.

Cada danzante llevaba del brazo una india: en esa posición y en ademán de avanzar, siempre caminando, cada pareja, de tiempo en tiempo, emprendía la danza. Si alguno se cansaba, se desprendía de su pareja y la cedía á otro; y si ambos, los dos interrumpían su baile; pero no la marcha.

Así, de esta manera y con este són, llegaron al fin, entre ligero y despacio, á Tabío. Allí permanecieron para celebrar el ayuno.

Desde *Suamena* hasta *Cagüi* del siguiente día, no tomaron alimento ni bebida. Al segundo día recibieron los peregrinos sendas raciones, compuestas de un calabazo de chicha y un palmo de carne de venado.

Pasado el período del ayuno presentose en el campamento un indio joven, natural del cipazgo de *Susa*, que hablaba la lengua de esta tribu; pero no la *chibcha*.

El alarma se comunicó inmediatamente entre los penitentes. El cipa dispuso prender al nuevo huésped y reunió un consejo, compuesto de sus favoritos, para resolver el destino que debía darse al prisionero.

Opinaron algunos, que debía dársele muerte, y otros optaron por el tormento, para obligarlo á confesar cuál había sido la causa de su intempestiva presencia en aquel sitio.

Los jeques decidieron al fin la cuestión. Opinaron que convenía mejor llamar un intérprete para interrogar al joven prisionero.

De la relación que hizo el joven resultó que se llamaba Thisquezuzza, hijo del cacique de la tribu de Susa; y el motivo de su visita tenía por objeto el desempeño de una comisión de Gonzalo Jiménez de Quesada, quien le entregó un papiro que contenía unos geroglíficos y unos caracteres chibchas.

Un usaque descifró el escrito y comunicó el contenido á la muchedumbre.

El pliego era una credencial que revestía á Thisquezuzza con el rango de mensajero del Adelantado. Su contenido decía así: «Gonzalo Jiménez de Quesada, súbdito de su Majestad Católica, Adelantado de las tierras del Nuevo Reino de Granada, nombra é instituye mensajero y representante suyo para celebrar tratados y adquirir relaciones íntimas con el Cipa de los muiscas ó chibchas, á Thisquezuzza, hijo del cacique de Susa.»

Impuesto Nemequene de la misión pacífica de Thisquezuzza, se disculpó con él, por haberlo recibido tan desagradablemente.

El mensajero se resignó y fingió no recordar el mal recibimiento; pero como todos los de su raza no olvidó ni perdonó, como se verá en el curso de esta historia.

El cipa devolvió á Thisquezuzza con varios presentes para el Adelantado y mandó al zaque de Hunsa y á dos jeques, que lo acompañaran hasta fuera del campamento chibcha.

Entre los regalos iban dos doncellas destinadas á servir de thiguyes, diez abas de oro, cien esmeraldas de diversos tamaños, diez abas de quinoa y otras tantas de *jatrosa*.

Estaba Quesada en Suesca tomando cuartel cuando recibió los obsequios de Nemequene. Este cipa desde entonces no desperdició ocasión para tener contento al jefe español, dióle varios datos importantes, le ilustró sobre muchas cosas útiles para sabidas y convenientes para llevar al cabo la conquista del imperio chibcha; le observó lo peligroso que era contraer relaciones de amistad con los panches, enemigos declarados de los extranjeros, y le indujo á contraerlas con él.

El Adelantado correspondió los regalos con varias fruslerías consistentes en cuentas de cristal, géneros burdos, corales y otras bujerías que valían una bicoca y que fueron muy del agrado del cipa. Todos estos objetos le fueron entregados á Nemequene por sus mismos comisionados que habían ido á Suesca acompañando á Thisquezuzá.

El zaque de Hunsa fué portador también de un segundo mensaje concebido en estos términos: «A nombre de S. M. C., su súbdito Gonzalo Jiménez de Quesada, Adelantado de las tierras descubiertas en el Nuevo Reino de Granada, excita al cipa Nemequene á aceptar los humildes presentes que le entregará el zaque de Hunsa y pide se le otorgue una entrevista, á fin de establecer las bases de sumisión y vasallaje del pueblo chibcha á la corona de España.»

Nemequene perdió la calma cuando acabó de enterarse del contenido de este segundo mensaje. Lleno de indignación lo devolvió sin respuesta, con los regalos, é hizo poner en cruz á los inocentes jeques y al zaque de Hunsa. Con el suplicio de estos personajes se levantó el campamento y terminó el período de ayuno en *Tabio*.



CAPÍTULO III

Proposiciones de alianza

Entre los antiguos chibchas existía una civilización relativa, de la cual dieron testimonio los españoles que los conquistaron.

Cuando algún agravio los movía á declarar la guerra á sus vecinos, formaban sus preparativos, celebraban tratados de alianza con los pueblos amigos, y luego se empeñaban en un combate, en el cual no había cuartel para los vencidos.

Poco antes de la llegada de Gonzalo Jiménez de Quesada al territorio chibcha, el cacique de Ebaté envió una embajada al cacique de Susa, con la misión de concluir un tratado de confederación y liga entre los dos soberanos.

Gueta fué designado por el cacique de Ebaté para el desempeño de la misión.

Al ser presentado á Susa se expresó en estos términos:

«Muchos sobresaltos causan, oh Susa, al señor de Ebaté tu proceder y el de Simijaca: vuestra conducta para con mi señor no tiene justificación, y en nom-

bre suyo, como su mensajero, me permito preguntarte si estais dispuestos tú y el señor de Simijaca á rechazar al invasor Nemequene.

—Extraño es—respondió Susa—el mensaje que el señor de Ebaté ha confiado á tu cuidado. Mucho tiempo, tú lo sabes, ha transcurrido, y durante la discordia que reina entre Nemequene y nosotros, tanto Simijaca como yo, hemos sido objeto de las befas y de los insultos de tu señor. Cinco años han pasado! (*Zocam hisca!*)

—Comprendo la razón de tu justo desagrado con mi señor; pero de Fuquene recibió él varios mensajes que le anuncian el peligro que corre la independencia de los cacicazgos de Susa, Simijaca y Ebaté.

—No me explico la causa de ese peligro.

—Oh Susa, no puedo entrar en explicaciones, si antes no empeñas tu palabra de reconocermé como real emisario de Ebaté y celebras conmigo un tratado de unión, liga confederación y alianza.

—Oh Gueta, entre nosotros es imposible un avenimiento. Cinco años han pasado durante los cuales he solicitado la amistad de Ebaté y toda diligencia ha sido inútil. Ahora contempla su procedimiento: su soberbia llega á tal extremo, que tiene en menos venir él mismo á conferenciar con nosotros y cree suficiente enviarte á tí, que, comparado con Simijaca y conmigo, eres una inmensa pequeñez.

—No, Susa, jamás cupo en la mente de Ebaté burlarse de vosotros ni insultaros. Él no acostumbra salir de sus dominios, sino en casos extremos y sólo para dirigir la guerra: ve ahí la razón por qué no ha venido en persona á visitarte.

—Si esa es su costumbre debió siquiera mandarte con un mensaje, escrito ó grabado, en el que disculpara su falta y manifestara que él, señor y Cacique

de Ebaté, deseaba contratar con sus iguales los señores y Caciques de Susa y Simijaca.

—Pero, señor, vuestro resentimiento es exagerado ¿qué perdeis, en qué se merman la soberanía é independencia de los cacicazgos de Susa y Simijaca, si consentís en contratar conmigo, que por el hecho de representar á Ebaté, tengo para el efecto el mismo poder que él?

—Eso es cierto; pero tú no eres él. Simijaca y yo descendemos de *Sua* y *Za*. ¿Cómo, pues, te atreves, demente, á comparecer ante mí sin prosternarte? ¿No sabes que soy hijo de *Bochica* y que Simijaca también lo es? ¿No sabes que cuando las tinieblas imperan, nosotros vemos, porque nuestro padre nos irradia luz? que cuando estamos en peligro salimos ilesos, porque él nos favorece? que cuando sentimos pena se nos mitiga, porque él nos conforta? Por ventura ¿no sabes que *Bochica*, como *Sua*, con su resplandor da vida á las plantas; que de él viene todo lo que existe; que cuando está airado su voz vibra y el rayo es el eco; que cuando está apacible hay calma en los vientos y el energúmeno mar se serena?....

Él es el gérmen del bien: constante lucha sostiene con *Chibchacum*, dios del mal, y aunque con trabajo y sacrificios, al fin el triunfante es el gran *Bochica*.

Yo, al abandonar la tierra de mis mayores para ir á otras regiones superiores, seré colocado al lado de mi padre y ya no seré cacique, porque al penetrar en la región excelsa, habré purgado las manchas de la vida terrenal y me equiparán á mis mayores y me harán grandes honores y participaré de la divinidad de ellos.

—Todo lo que acabo de oír es cierto y aunque no tengo la suerte de descender de allá de las altas re-

giones, te observo, Susa, que no hablo por mí, sino por el gran Ebaté.

—Debería hacerte empalar en castigo de tu desacato.

—Perdóname, tú eres sabio, grande y generoso. Las pequeñeces de los hombres no te alcanzan y estoy seguro de que tu enojo se aplacará.

—Mereces el perdón, porque no sabes el mal que has hecho.

—Gracias, Susa. Si estoy indultado te suplico me escuches, ya que por lo visto no tengo el derecho de conferenciar contigo. Apenas soy un humilde súbdito de Ebaté y voto á Bochica que mi anhelo es obtener la gracia de ser escuchado.

—Tu manifestación franca y sincera me ha conmovido. Has sabido contener mi enojo y me has dado una lección que no olvidaré jamás. Tu nobleza y tu humildad me obligan. Sí, te escucho: ven, acércate, oh ilustre Gueta!

Tú adivinas los pensamientos y explotas el buen humor. Con tus palabras, Gueta, has enderezado lo torcido del proceder de tu señor; así pues, acércate, siéntate é mi lado y escucha: irás á Simijaca y aquel cacique, que allá es Señor, le dirás que eres enviado de Ebaté y mío, para manifestarle que nosotros le hacemos la misma proposición que, por conducto tuyo, el cacique de Ebaté me ha hecho, de formar una triple alianza.

—Señor, tus bondades no tienen número. Si no fuera súbdito de Ebaté, á quien amo y sirvo, sería de tí fiel y decidido vasallo.

—Otra prueba de lealtad me das, Gueta. Eres honrado y fiel y por lo tanto mereces confianza.

Voy á comunicarte algunas cosas. Has de saber que diariamente recibo mensajes del cacique de Fu-

quene y que. mejor que Ebaté, sé los peligros que nos amenazan y el modo de ponerles remedio; pero..... es vaticinio de nuestros mayores: los diversos países chibchas, que permanecen independientes, serán tributarios del cipa; vendrán gentes de otros mundos y acabarán con los cipas, con los descendientes de éstos y con nuestra raza, usos, costumbres y religión.....

El justiciero Bochica, cansado de nuestra maldad, acabará con nosotros en un tiempo no muy lejano. El hambre, la peste, la guerra: todos los males nos afligirán. El dios Chibchacum no desperdicia un momento para vengarse de nosotros; arrojará la pesada carga que gravita sobre sus hombros, y nosotros que en esa mole estamos colocados, seremos dispersados á los cuatro vientos y convertidos en un montón de añicos. Bochica, al cabo, castigará al rebelde dios; pero.....

—¿Y qué se deduce de todo lo que acabas de decir?

—Desgraciada será la suerte de los nuestros. Un porvenir triste y sombrío, cual densa atmósfera en día de tormenta, amenaza dar fin á la dicha de estos pueblos. Acabarán los invasores con nuestra estirpe: seremos destruídos ó degenerados, vendrán abajo nuestros templos y desaparecerá la magnificencia de nuestros palacios; veremos delirantes destruir nuestros frutos y desaparecer la fecundidad de nuestras tierras del pipiripao. Nuestros hijos, herederos de los iracas, de los zaques, de los usaques, de los jeques y de los cipas y descendientes del gran Bochica, dios de la paz, de la luz y del amor, serán siervos de los siervos de nuestros opresores.....

Lloras, Gueta? Tú eres de espíritu fuerte y debes prepararte para la lucha: eres *guecha* y aspirante, sin duda, á ser *usaque*. Como filósofo, y por consiguiente como sabio, sabrás inculcar en tus hijos el senti-

miento del honor. Procura, al educarlos, mantener latente en ellos el recuerdo de que deben estar preparados para aquel funesto trance, acaso cercano.

¡Cuán cierto es que el opulento Nemequene, sucesor del gran Saguanmachica, nos absorberá á todos!

Ese ambicioso es como el lobo que devora los cievros de la dehesa ó como el boa que atrae á su boca á los demás reptiles y á los ganados que pacen en nuestros pastos....

—Tus palabras, Susa, me estremecen. ¿Por qué ese temor? ¿de qué sirve entonces la fama de valientes y héroes de que gozáis tú, Simijaca y Ebaté?

Cierto es que Nemequene es poderoso; pero donde dominan un Susa, un Ebaté, un Fuquene, un Simijaca, un Fusagasugá y un Ebaque, no puede haber derrota posible: todos sois resueltos é invencibles.

—Te haces ilusiones, Gueta. Escucha: no hay tiempo que perder; corre, vuela, llega y dí al Señor de Simijaca, que eres portador de varios mensajes y que vas en comisión de Ebaté y mía para concluir un tratado.

—Está bien; pero ten presente que no sé todavía de qué mensajes me hablas. Necesito estar enterado de mi misión para cumplirla acertadamente.

—Eso no puedes saberlo ahora: á su tiempo te lo comunicaré; porque no conviene que sepas todo de una vez.

—¿Y cómo podré cumplir mi encargo?

—Dirás á Simijaca que los mensajes que tienes que llevarle se los irás trasmitiendo á medida que los vayas recibiendo.

—Luego ¿tendré que prepararme para ir y venir á menudo?

—No.

—No comprendo.

—Cuando estés en Simijaca, cada día te llegará un mensajero con un parte que comunicarás enseguida al cacique.

—Sea como dices.

—Confío en tí muchísimo; pero para seguridad mía y del cacicazgo, te conjuro que no seré tan indiscreto para revelarte todo de un pronto. Poco á poco sabrás los mensajes y otras cosas más.

—La lealtad me acompañará siempre. Confío en que seré acreedor á tu confianza, pues te habrás convencido yá de que nada tendrás que temer.

—Así es; pero esa misma lealtad de que tanto blasonas, te obligará á defender y sostener á tu Señor.

—Hasta la muerte.

—Por consiguiente, como entre los mensajes irán tal vez noticias referentes al cacique de Ebaté, quien no estará de acuerdo conmigo, la lealtad para con él te obligará á comunicárselas, y bueno será que sepa lo que con él se relacione, á su debido tiempo. De ese modo le serás fiel y á mí no me traicionarás.

—Estamos conformes.»

Concluído el anterior diálogo, Susa dijo, al oído, algunas palabras á Gueta, de las cuales nadie se apercibió, y luego, después de un fraternal abrazo, le despidió indicándole el camino que conducía á Simijaca, para que fuera á cumplir su embajada.



CAPÍTULO IV

Negociaciones de alianza

Susa tenía un hijo que se llamaba Thisquezuzá, quien según hemos dicho, fué enviado por Gonzalo Jiménez de Quesada á la corte de Nemequene, cuando éste estaba celebrando una fiesta en Tabio.

Era Thisquezuzá á la vez sobrino de Nemequene, por la línea materna. Contaba veinticinco años de edad y estaba educado para dos carreras: la diplomacia y la milicia. Manejaba con habilidad la honda, el arco y el escudo.

Al siguiente día de haber partido Gueta para Simijaca, Susa llamó á su hijo y le habló en estos términos: «Hijo mío, descienes de los hombres más notables que han tenido su origen en Hisca; cuentas veinticinco años; eres inteligente, activo é ilustre, por lo que me siento orgulloso y contento y doy gracias á los dioses. Como descendiente que eres por tu madre, de la raza del pérfido Nemequene, debes poseer la astucia y la rapacidad de los cipas.

«Vas, pues, á llevar diariamente varios mensajes á Gueta, que está allá en la tierra de Simijaca. Éste enviado de Ebaté y mío está recomendado para tras-

mitir tus partes al cacique de aquella tribu: procura observar todo lo que creas pueda interesarme y comunicámelo todo: sé reservado y condúcete con prudencia.»

Así habló Susa á su hijo Thisquezuzá, quien con habilidad admirable, cumplió su misión como se verá más adelante.

Poblaban los chibchas el vasto territorio que comprendía todo el extenso centro de lo que es hoy Colombia y que abarcaba el Departamento de Cundinamarca, el de Boyacá y parte considerable de los del Cauca y Antioquía, cuando fué descubierto por el Adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada.

Los límites del imperio eran: por el Norte los territorios de los agataes, los guanes, los citareros, los chinácotas, los motilones, los laches y otras tribus de menos importancia; por el Sur estaban los suta-gaos ó fusagasugaes, y el páramo de Sumapaz; al oriente estaban las tribus situadas en los llanos, en el declive de la cordillera central; y al occidente los panches, los muzos y los colimas.

Según refiere el Padre José Duquesne, hallaron los conquistadores, entre varias curiosidades, un calendario curiosísimo. Las fechas las contaban los chibchas de un modo muy semejante al de los romanos, por *calendas, nonas é idus*; pero sus meses ó lunaciones, que comenzaban desde el plenilunio (*ubchihica*), las dividían en cuatro partes:

La primera, *ubchihica* (plenilunio), constaba de siete días, y las fechas de esa faz de la luna se contaban así: *ubchihica ata*, 1.^{er} día del plenilunio; *ubchihica bosa*, 2.^o día del plenilunio; *ubchihica mica*, 3.^{er} día del plenilunio, y así seguían contando *ubchihica muyhica*, *ubchihica hisca*, *ubchihica ta*, *ubchihica cuhupcua*: 4.^o, 5.^o, 6.^o y 7.^o días del plenilunio.

La segunda faz se contaba, pasados los siete días del plenilunio, seguía la menguante (*muhica*), en la cual comprendían: *muyhica ata*, *muyhica bossa*, *muyhica mica*, *muyhica muyhica*, *muyhica hisca*, etc.: 1.º, 2.º, 3.º, 4.º, 5.º, etc. días de la menguante.

La tercera faz seguía después de ocho días y era el novilunio (*hisca*), que contaban anteponiendo *hisca* á los números *ata*, *bossa*, *muyhica*, *hisca*, *ta*, etc.: 1.º 2.º 3.º, 4.º, 5.º, 6.º, etc., del novilunio.

La cuarta y última faz duraba los siete días que tenía la creciente (*mica*), la cual seguía el mismo método indicado, de anteponer *mica* á los siete primeros números.

Así pues, con los números dígitos, precedidos de los nombres de las cuatro faces de la luna, contaban los chibchas sus fechas, y los diez mensajes que remitió Susa á Simijaca, por conducto de Gueta y Thisquezuzza, llevaron ésta:

I «*Susa, ubchihica ata; Suhuza.* (Enero en el primer día del plenilunio).

«*Fuquene comunica que muchos Suegaguas transitan por los caminos de Chipatú.*»

II «*Susa, ubchihica bossa; Suhuza.* (Enero en el segundo día del plenilunio).

«*Fuquene anuncia que los suegaguas tienen su origen en Hisca; andan con dos cabezas, cuatro pies sobre el suelo, dos en alto y dos brazos; son blancos, visten de un modo distinto y vienen por la ribera derecha del río Sarabita.*»

III «*Susa, ubchihica mica; Suhuza.* (Enero en el tercer día del plenilunio).

«*Permanecen los suegaguas en Zorocotú, agoviados por el pulex penetrans, y hacen buena amistad con los naturales.*»

IV «*Susa, ubchihica muyhica; Suhuza.* (Enero en el cuarto día del plenilunio).

«Los suegaguas ocupan nuestros poblados de Zorocotá.»

V «Susa, ubchihica hisca; Suhuza. (Enero en el quinto día del plenilunio).

«Continúan los suegaguas estacionados en Zorocotá.»

VI «Susa, ubchihica ta; Suhuza. (Enero en el sexto día del plenilunio).

«Los suegaguas se preparan para marchar.»

VII «Susa, ubchihica kuhupcua; Suhuza. (Enero en el séptimo día del plenilunio).

«Los suegaguas acaban de salir de Zorocotá.»

VIII «Susa, muyhica ata; Suhuza. (Enero en el primer día de menguante).

«Los suegaguas se detienen en Turca proveyéndose de sal y encomiendas.»

IX «Susa, muyhica bosa; Suhuza. (Enero en el segundo día de menguante).

«Los suegaguas siguen para Lenguaague.»

X «Susa, muyhica mica; Suhuza. (Enero en el tercer día de menguante).

«Los suegaguas acaban de llegar á Nemocón y amistan con los chibchas. Ebaté permanece en la inacción más completa, envía mensajes al jefe de los suegaguas y se teme mucho que traicione.»

El cacique de Simijaca recibía todos los días noticias de Gueta, quien á su vez las iba recibiendo de Thisquezuza, el hijo del cacique de Susa.

Al undécimo día envió Simijaca á Susa un pliego con las condiciones, mediante las cuales aceptaba la liga de los cacicazgos de Ebaté, Susa y Simijaca.

El mensaje contenía estas tres proposiciones: 1.ª igualdad completa en jerarquía entre los tres soberanos; 2.ª la dirección de la guerra correspondería de derecho á los tres, cuyo cargo se sortearía por una vez, y luego por turno riguroso pasaría á los demás,

por periodos de diez lunaciones á cada uno; y 3.º juramento solemne de hacer la guerra á muerte á los panches y al cipa de Muequetá hasta obtener la rendición de estos enemigos ó la destrucción completa de los tres cacicazgos de Susa, Ebaté y Simijaca.

Gueta fué el portador del pliego. Susa aprobó los términos del tratado, en todas sus partes, y lo envió con el mismo Gueta á Ebaté para que lo aprobara ó hiciera sus observaciones.

Ebaté comunicó á su vasallo Gueta, que de ningún modo lo aprobaba; porque no aceptaba la igualdad de derechos entre Susa y Simijaca y él; aceptó apenas la cláusula tercera tal como estaba en el proyecto, y la segunda la modificó, haciéndose él jefe supremo en todo tiempo, y segundos suyos, por periodos alternados de cinco lunaciones, los otros dos caciques.

Vuelta á Simijaca y á Susa, Gueta presentó á los dos caciques las reformas de Ebaté, recibió por respuesta que no las admitían y se le devolvió donde éste para prevenirle que debía decidirse: ó á aceptarlas sin objeción, ó á no entrar en la liga.

Ebaté prefirió lo último y ofreció auxilios de tropas, provisiones y armas, caso que la guerra se declarara.

Esta oferta fué admitida y Gueta fué reconocido y admitido como director y disciplinador de las tropas ebatées que se enviaron por Ebaté para combatir á Nemequene.

Diez mil hombres reunió Gueta en la tribu de los ebatées, diez mil Simijaca y diez mil Susa.

Los tres ejércitos reunidos marcharon á Tausa para preparar el campo y hacerle frente al de sesenta mil hombres del cipa Nemequene que ya estaba en camino.

En aquella bella posición, fácil de defender y casi inexpugnable, estaban las tropas aliadas.

Los muequetæes marcharon en orden y en cuadro. Dada la orden de ataque marcharon y contramarcharon hasta que se situaron en la posición de Soboyá.

El cipa coordinó su plan de ataque y pensó reducir los ejércitos aliados al extremo de no poder moverse de su recinto y sitiarnos por todos los costados.

Simijaca propuso á Susa y á Gueta atacar por sorpresa al cipa y á las momias que los chibchas acostumbraban llevar en todas sus batallas. Con este bien coordinado plan, no teniendo jefe los soldados de Nemequene, se precipitarían en desorden contra el enemigo y así la derrota de éste sería segura.

Desgraciadamente no hubo acuerdo entre los tres jefes y abandonaron el plan como ilusorio y disparatado.

A los cinco días de sitiadas las tropas propuso Gueta capitular, por haberse agotado las provisiones de boca; pero á esta indicación tampoco accedieron los otros jefes. Entretanto el hambre y las armas arrojadas del enemigo iban cada día reduciendo el número de las fuerzas aliadas, de tal suerte que el ejército al cabo de quince días, de treinta mil combatientes de que constaba antes de la pelea, quedó reducido á menos de la mitad.

Propuso nuevamente Gueta la capitulación. El desorden comenzó en las tropas de Susa y Simijaca; muchos susas y simijacas se colocaron del bando de Gueta, quien, vista la terquedad de los otros dos jefes, pidió se pasaportearan sus tropas y los soldados que quisieran adherírsele.

Aceptaron Susa y Simijaca y licenciaron como seis mil hombres de los tres ejércitos unidos.

Cuando observaron los chibchas el desfile de los

aliados, enemigos que venían de paz, intimaron rendición á los que quedaron en el campo, á lo cual descabelladamente resistieron todavía.

Las tropas muequetaes estaban casi intactas, arremetieron á los aliados, que se defendieron con un valor y una táctica dignas de mejores tiempos y de mejor éxito.

El combate duró catorce horas, terminadas las cuales los susas se rindieron á discreción. Los simijacas tocaron á retirada y se dirigieron á Ebaté. Así terminó la campaña de Tausa.

El cipa se dispuso á perseguir á los fugitivos. Marchó á Fuquene para dar una batalla á aquel cacique amigo de Susa; pero no aliado. Este último, al rendirse sus súbditos, huyó en unión de los simijacas con quienes se mantenía en Fuquene después de la refriega de Tausa. Poco esfuerzo tuvo que hacer el cipa para herir á muchos, cautivar á pocos y matar á los más. El mismo Susa cayó prisionero y herido, y Fuquene huyó.

A pocas leguas del campo esperaba el cacique de Ebaté con más de cuarenta mil hombres armados y bien equipados, con corazas, macanas, hordas, flechas y otras armas tiradizas.

Ideó Ebaté un combate singular entre él y el cipa, con el fin de ahorrar el derramamiento de sangre de los dos ejércitos. Al efecto envió á su General Gueta al campamento enemigo; pero Nemequene, enfadado con aquella proposición que consideró como un insulto, por serle inferior en categoría el cacique de Ebaté, no aceptó el duelo.

El combate dió principio.

Los dos ejércitos combatientes componíanse de las siguientes tropas: de un lado el cipa de Muequetá; el usaque de Hunza, sucesor del difunto Zaque cru-

cificado en Tabio, y el Zaque de Suamoz, todos al mando de Nemequene. En el bando opuesto estaban el usaque de Ebaté, es decir Gueta, ascendiendo á aquella dignidad en el campo de Tausa; los restos de las tropas de Simijaca, el cacique de Fuquene que al huir se dirigió á Ebaté, y el usaque de Saboyá: todos mandados por el cacique de Ebaté.

Neutrales permanecieron los panches, los tinjacaes, los ebaques, los guescas, los guatavitas, los cipaquiraes y los fusagasugaes.

A media noche terminó la refriega.

El cipa quedó en el campo. Cuando de ello se apercibieron los muequetäes el desorden comenzó á sentirse y la fuga de los soldados, que salieron en derrota, dejó desierto el campo.

De sesenta mil que eran los soldados aliados de los chibchas sólo quedaron veinte mil y de los cuarenta mil de Ebaté apenas quedaron dieciseis mil.

Entre los prisioneros que sirvieron de trofeo al cipa después de la acción de Fuquene estaba, como hemos dicho, el cacique de Susa, quien fué rescatado por el ejército victorioso.

Allí mismo, en el sitio de Fuquene, cuando el cipa quedó en el campo y sus tropas huyeron, triunfó Ebaté con sus dieciseis mil hombres, y allí, en el lugar del combate, se abrazaron los tres jefes Susa, Simijaca y Ebaté y derramaron abundantes lágrimas. Recordaron las disputas anteriores que impidieron la celebración de un pacto de alianza y se convencieron de que aquel pírrico triunfo, obtenido por Ebaté, lo habrían alcanzado con más facilidad y menos costo de vidas, si se hubieran despojado al principio, de una vanidad pueril que había dado por tardío resultado amistarlos al fin, para formar de ellos más tarde un solo pueblo unido por el nivel de un solo infortunio.



CAPÍTULO V

Ascensión de Thisquezuzza al cipazgo

Con la muerte de Nemequene concluyó la guerra de los chibchas contra los ebatees, los susas y los simijacas. El joven Thisquezuzza, sobrino del finado cipa, fué proclamado sucesor de éste en el campo de Muequetá.

En el espacio de una lunación se suscitaron algunas rivalidades antes de la coronación, porque aspiraban al cipazgo los caciques de Susa y Ebaté y el usaque de Hunza.

Después de muchas discusiones se redujo el número de aspirantes á dos: el usaque de Hunza y Thisquezuzza.

Los partidarios de Thisquezuzza alegaban que éste, como pariente más próximo del finado Nemequene, tenía mejor derecho al cipazgo que los que apoyaban al usaque de Hunza.

Así las cosas, los huncistas decían que el parentesco de Thisquezuzza con Nemequene provenía de la línea materna, porque la madre de aquél era hermana del cipa y debía adoptarse el siguiente orden sucesión: los hijos de la *thiguye ata*, por su orden de

primogenitura; faltando éstos, los parientes colaterales por la línea paterna del cipa; si no había los citados parientes entraban por este orden, los soberanos de los siguientes países: el zaque de Hunza, el cacique de Iraca, el usaque de Ebaté, el de Guasca, el de Guatavita, el de Cipaquirá, el de Fusagasugá y el de Ebaque, que fueran más antiguos. Si faltaban éstos, entraban, por el mismo orden de sucesión sus sucesores, comenzando por los nietos de la *Thiguye ata*, por orden de primogenitura.

Como no estaban de acuerdo los huncistas con los thisquezucistas, llamaron al Adelantado Quesada para dirimir la cuestión.

El jefe español, que aprovechaba las ocasiones para sacar partido de todo, se inclinó á favor de Thisquezuza y le ofreció apoyarlo si se hacía tributario del rey de España.

Propuso Quesada el reconocimiento de Thisquezuza como cipa, alegando que debía entenderse por parientes colaterales por la línea *materna* del difunto Nemequene, los descendientes de los parientes de la *madre* de éste; pero no de la madre de Thisquezuza, y como Thisquezuza era hijo de una hermana de Nemequene, era nieto del padre de éste y por consiguiente colateral por línea paterna y materna á la vez. Para contentarlos á todos propuso que en la misma ceremonia de coronación de Thisquezuza se ascendiera al *usaque* de Hunza á la dignidad de *Zaque* y á *cacique* al ebaque de Ebaté. Creo además las dignidades de *cipa bosa* ó segundo cipa y *cipa mica* ó tercer cipa, las cuales fueron conferidas á los caciques de Susa y Simijaca.

El usaque de Hunza, sucesor del zaque condenado por Nemequene á morir en cruz, recordó aquel agravio afrentoso inferido á su antecesor, por el tío de

Thisquezuza, se creyó vulnerado en sus derechos con el arreglo propuesto por Quesada y juró vengarse.

Nompaneme y el zaque de Suamoz lo amistarón con el nuevo cipa y lo redujeron á que firmara una tregua de veinte lunas; lo cual equivalía á desistir de su propósito, pues llegado aquel tiempo se habrían amortiguado yá las pasiones, en atención al poderoso influjo que tenía la superstición religiosa sobre la raza indígena.

Todos se dirigieron á Muequetá para celebrar las exequias fúnebres del difunto Nemequene. Su cadáver hecho momia se exhibió delante del pueblo, por tres lunaciones, concluidas las cuales se dio comienzo á la ceremonia de la coronación de Thisquezuza.

Era una de las bellas mañanas de verano en las que el astro rey, en los valles de Cundinamarca, saluda tarde el alba, fingiendo la necesidad ineludible de tributar pleito homenaje de preferencia á las imponentes y majestuosas cumbres andinas, para luego descender á las llanuras.

El intenso frío de la mañana erizaba los cabellos é impresionaba la mente de las errantes tribus nómadas, moradoras de las esparcidas simas de los montes que rodean aquellos poblados.

El periodo de duelo ha cesado; porque en los dominios del cipa no se cimenta el dolor. El espectáculo mismo de la muerte no causa mayor impresión; porque los chibchas suponen que Nemequene viaja, pero no que ha muerto. El conjunto de cadáveres insepultos en los campos de Fuquene y Ebaté no causa impresión á las familias de los guesas, los ebatees, los simijacas, los hunzas y los muequetaes, porque cincuenta y cuatro mil muertos hacen más fecunda la tierra y menos pesada la mole que

sobre sus hombros lleva el incansable Chibchacum.

El palacio de Muequetá esta de gala.

En el departamento principal hay muchas momias de todos los cipas, desde el sabio Nenterequeteba hasta Nemequene.

Las thiguyes, lujosamente adornadas con sus joyas, visten á la moda inca, ponchos de lana matizados de blanco, negro y encarnado, y rodean el lecho del difunto esposo. Los jeques divididos en dos filas, están entre las momias, y las thiguyes cantan himnos de alabanza á los virtuosos cipas y piden que el nuevo sea como el antecesor, modelo de bondad, de sabiduría, de valor y de abnegación.

El acto de la coronación está próximo.

Thisquezuzza se prepara con la trementina, la piel de león, el oro y la tarabita pendiente de dos hilos en cruz.

Concluída la apoteosis del difunto Nemequene, el gran jeque coloca sobre las sienes de Thisquezuzza el gorro de plumas blondas, blancas y de otros colores, y lo provee de un arco, un báculo, una flecha y un escudo.



CAPÍTULO VI

Guerra contra los panches

Dejamos dicho que cuando los suegaguas, al mando de Gonzalo Jiménez de Quesada, llegaron á Nemocón, hicieron amistad con los chibchas y enviaron mensajes á Ebaté proponiéndole se declarara tributario de la corona del rey de Castilla.

Para halagarlo le ofreció en cambio el Adelantado el cipazgo de Muequetá.

Ebaté, apesar de no faltarle ganas de elevarse, rechazó la proposición con la excusa de no creerse digno de ocupar el trono que antes ocuparon Nenterequeteba y sus ilustres sucesores; pero el principal motivo fué el temor de malquistarse con sus amigos y compañeros de armas, quienes abrigaban sospechas contra él, de traición á la causa antichibcha, ó, mejor dicho, del cipa Nemequene.

Quesada entonces hizo igual oferta á Thisquezusa, que no se decidió al principio y pidió se aguardara á que concluyera la guerra de Nemequene contra los caciques Ebaté, Susa y Simijaca.

Salió el Adelantado, de Nemocón, y se dirigió á Tabio en momentos casi que terminó la fiesta de

Muequetá, trabajó por la ascensión de Thisquezuza al cipazgo y celebró con él un tratado de alianza para llevar la guerra á los panches.

Thisquezuza fué auxiliado con trescientos soldados suegaguas, algunos jefes y muchas municiones.

Tenian los chibchas terror pánico á los panches que formaban una tribu muy belicosa y la más aguerrida y disciplinada de toda la región de la Nueva Granada.

Para prevenirse contra las invasiones de éstos tenían establecida en toda la frontera una bien organizada policía de observación, la cual con mucha cautela vigilaba, sin osar jamás penetrar más allá.

Los *guechas* espiaban constantemente y avisaban cuando ocurría algún movimiento de los panches, por insignificante que fuese. Era tal la fama de valientes y feroces que tenían tales indios, que el mismo Adelantado no dejaba de abrigar sus temores, no tanto por la valentía de ellos, como por el desconocimiento del terreno que iba á invadir.

Pidió Jiménez de Quesada informe á Thisquezuza de la situación militar de los panches.

Estos—dijo Thisquezuza—son feroces, aguerridos, bien disciplinados; no piden ni dan cuartel, contra ellos hay que marchar con mucho cuidado; porque sus escondrijos son montañas inaccesibles que ellos sólo conocen, y cualquier incauto que temerariamente trate de sorprenderlos, lo pretenderá en vano.

Quesada se percibió bien de la indicación de Thisquezuza y le suplicó que sirviera de guía, lo cual aceptó éste sin vacilar, y para dar más seguridad de su adhesión al Adelantado comprometió á Susa para que tomara parte en la guerra.

Quedóse en Bogotá con el objeto de recoger las tropas auxiliares para la remetida contra los panches

y convino también en dar como contribución para la guerra unos tesoros que tenía ocultos en Tundama, consistentes en oro y esmeraldas.

Bastante halagado Quesada con el ofrecimiento marchó á buscar á los panches, á quienes encontró en la cordillera de Firabitova. Allí tuvo que batirse; pero sin el auxilio de las fuerzas de Thisquezuza que á tiempo no fueron y que nunca llegaron.

La batalla fué reñida.

Los panches bajaron la cordillera por caminos bastante ásperos y por entre los torrentes y los copos de los riachuelos y de las cataratas que descienden á los valles formando bellísimos panoramas á modo de aljófár. Corrían los panches con gran velocidad, como prácticos que eran en el terreno, sin que les alcanzaran los tiros de los arcabuces de los suegaguas, que nada acostumbrados á aquel inusitado género de pelea, subían sin dirección fija, por cuestras cansadas. Escasas de provisiones de boca las tropas del Adelantado, se alimentaron con las raíces de las plantas albuminosas que encontraron y comieron un casabe sazonado con hormigas. Después de tanto sufrir, sin resultado alguno apetecible; sin objeto, sin rumbo fijo, sin esperanzas y abatidos por todo género de peripecias, resolvieron volverse para atrás á reponerse de sus fatigas y á reforzarse. Cuando volvieron á los dominios del cipa chibcha supieron con extrañeza, que Thisquezuza había salido de Bogotá, sin saberse para adonde y había cargado con sus thiguyes y sus tesoros.

Se circuló la especie de que el cipa había salido con tropas y provisiones en dirección del campamento de Quesada y que había caído prisionero en poder de los panches; pero el Adelantado sospechó que la salida de Thisquezuza había obedecido á un acto de traición.

Ya tarde, víctima de la astucia del cipa, si la deslealtad era la que lo había guiado, dispuso Quesada, para disimular el chasco, correr con sus soldados, que estaban casi desnudos, débiles, enfermos y disgustados, en persecución del fugitivo Thisquezuza.

Fué éste un trabajo perdido; pues como era de esperarse, Thisquezuza no fué hallado.

La conducta de este indio para con el Adelantado fué doblemente traidora; porque aparentó primero someter á sus súbditos al dominio de los suegaguas y por otra parte precipitó á Quesada en una guerra contra la aguerrida tribu de los valientes panches que nunca cedieron al yugo de otra nación.

Eran los indígenas de esta tribu de cabezas aplanadas por las suturas craneales, por lo cual llevaban el gentilicio de *panches* ó *panchos*. Su actividad guerrera era imponente. Habitaban en la región occidental del otro lado del imperio chibcha.

Dispuso el Adelantado reunir el número de indios que pudieran conseguirse para tomar la revancha á los panches.

Formado el ejército aliado de dos mil suegaguas y cuatro mil chibchas, se dividieron las tropas en dos partidas: una tomó el camino del Sur y la otra el del Poniente.

En Tibacuy encontraron un destacamento de tropas de Thisquezuza que los acogieron y proveyeron de algunos expertos. En seguida penetraron por lo más espeso de los montes: sus armas las llevaban encolchadas de algodón para precaverse de las flechas enerboladas de los panches y las espadas desnudas servíanles para separar las ramas de los árboles que les interceptaban la marcha. Unos se adelantaban en el camino para servir como de guardias de avanzada.

Los panches no evadieron el encuentro. Corrían

que volaban: sus vestidos consistían en ensartas de plumas de distintos colores y en turbantes de la misma catadura. El marchar era admirable, en buen orden militar al són de los timbales, los caracoles y los tambores.

Flechas, macanas y dardos eran sus armas. No tenían la táctica de los suegaguas; pero resueltamente se adelantaban, de modo que los castellanos viendo su ímpetu, apenas tuvieron aliento para echarles encima los caballos.

En los terrenos de Conchima acamparon los panches. Allí se vatieron reñidamente y cuando ya parecía obtenida por parte de ellos la victoria, porque los chibchas habían huído y dejado solos á los suegaguas; la faz de los acontecimientos cambió completamente,

Quesada obtuvo el triunfo; pero fué un triunfo pírrico; porque los panches en su derrota no dejaron un solo prisionero ni botín y sí seis soldados españoles á quienes hubo que cauterizar las heridas que habían recibido con las flechas de los panches. Cuando los suegaguas se retiraban sin los laureles, un panche provocó al Adelantado á singular combate, pero uno de los soldados castellanos, sin admirar el valor de aquel gallardo indio, le cortó la cabeza de un solo tajo.

Quesada, aunque conquistador, tenía sentimientos generosos. Improbó la conducta de los que cometieron tan bárbaro asesinato y castigó severamente al responsable del crimen.

Levantó el campo de Conchima y á pocas leguas dejó un destacamento para perseguir los restos del ejército derrotado.

Llegó á Chía, adonde á los pocos días enfermó gravemente.

En este intervalo los porfiados panches tuvieron tiempo para reforzarse y atacaron el destacamento que estaba acampado cerca de Conchima.



CAPÍTULO VII

La caja de Pandora

Es una verdad, una ley inmutable, tanto en lo moral como en lo físico, que todos los acontecimientos obedecen á una causa.

El imprudente Epimeteo, con su conducta veleidosa, es el origen de todas las causas de los grandes sucesos. La caja, que, por disposición del Tonante, recibió de manos de Pandora, ha esparcido los males que en la tierra afligen á la humanidad.

Las divinidades malignas ejercen en el mundo su detestable influjo: *mentira, miedo, envidia, calumnia, discordia, venganza, ambición*: son los espectros que, en la interminable noche que precedió al Caos, sostienen rivalidades incruentas con la dulce y tímida *Esperanza*, coronada de nacientes flores y ornada de vívida y resplandeciente diadema.

La humanidad es propensa al mal.

Todos los descendientes de Deucalión son enemigos.

Miente el más franco; el más arrojado es pusilánime; el más generoso egoísta; el más probo usurpa la dicha de otro; el poder es apetecido; la venganza es un néctar, la ambición un acíbar.

Abandonemos un instante la tierra de los cipas.

Transportémonos á la vieja Iberia, al otro lado del Océano. Penetremos, en los peñascos de Sierra Nevada.

Visitemos á Granada, la ciudad oriental de los califas, donde descuella la famosa Alhambra: esa bella tierra colocada entre jardines, satisfecha en su vanidad con el orgullo de su pasado y la belleza de sus contornos; que añadió á sus conquistadas glorias la de haber sido la cuna de verdaderos genios que honran la poesía, la historia, la pintura, la política y la carrera de las armas.

Allí en aquella tierra rodeada de bosques de álamos, laureles y granados, vió la luz primera el célebre Adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada, el conquistador del imperio chibcha y fundador de la ciudad de Bogotá.

En la Península se dedicó á la carrera de las leyes y ejerció su profesión ante la Real Cancillería

Contaba treinta y seis años de edad cuando atraído por la celebridad que en el Nuevo Mundo habían adquirido muchos compatriotas, decidió embarcarse en el puerto de San Lúcar, á órdenes de don Alonso Luis de Lugo, con destino á Santa Marta y con el rango de teniente general.

Común era en el siglo XVI la creencia que se tenía en la Península de que, pasando á las nuevas regiones de las Indias, se recogían sin esfuerzo y en abundancia, ricos metales, perlas y esmeraldas, y entre los varios villanos é hijosdalgo que emigraron, se encontró nuestro conquistador Jiménez de Quesada.

El pauperismo y la obscuridad en que se vive y se envejece en el patrio suelo, son la causa generadora de los viajes á pueblos ignotos, adonde se ocurre en busca de una fortuna y de aventuras que den celebridad y gloria.

Cada viviente recibe del Júpiter Tonante, dos cajas que encierran, el bien, la una, y el germen del mal, la otra.

Pandora, esa diosa mensajera del mal, es la portadora de la fatídica caja que encierra todos los vicios.

El arca del mal está cerrada: la del bien abierta.

Ambas contienen un enigma, que, descifrado, revela el sitio donde se ocultan inmensos tesoros, que dan riqueza, sabiduría, poder, influencia y gloria.

Pasada la primera etapa de la vida, en que indiscretos, ven los hombres que, han descubierto muchos secretos del corazón y que han mantenido constante lucha entre el bien y el pesar, con éxito estéril; abandonan la tarea de descifrar los geroglíficos de la intrincada caja abierta; guárdanla en lugar seguro, cerrándola cuidadosamente, y apodéranse de la llave, que ha de acompañarlos en su peregrinación, durante la segunda etapa de su vida.

La otra caja, la de la célebre Pandora, que hasta entonces ha permanecido cerrada, despierta la curiosidad por abrirla. Carece de llave; pero el arrojo sobrepasa al miedo y es abierta con violencia inaudita.

En precipitada fuga se abren paso todos los males: *la mentira, la mala fe, la envidia, la calumnia, el fraude, el soborno, la venganza, la ambición, la hipocresía* y todos los demás vicios que tienen sus alegorías en el sinnúmero de divinidades malignas del culto pagano.

Aquello ocurre naturalmente.

En lo moral, como en lo físico, los acontecimientos obedecen á una causa.

El sér pensante obra instintivamente: practica el bien ó delinque.

A veces, después de abierta la caja del mal, la arroja y huye de ella, para volver á la tarea de descifrar los enigmas de la otra caja que contiene el bien.

Ocasiones hay que dan tiempo para cerrar, casi inmediatamente, la caja de Pandora, lográndose que apenas se escapen algunos males, en muy reducida escala.

Otras, el mísero mortal se embriaga con los penetrantes hálitos que despiden los vicios, y en los momentos de reposo, en que su espíritu está sereno, corre donde ha guardado la llave de la caja del bien y se asegura de que la conserva.

Pero hay ocasiones,—y por desgracia éstas son las más,—en que la llave de la caja del bien quedó olvidada y se extravía; ó—¡desgracia mayor aún!—se arroja con enfado, en los profundos abismos del insondable piélago.....

El Adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada, al atravesar el océano, tuvo la precaución de traer consigo la llave de la caja del bien.



CAPÍTULO VIII

El valle de los alcázares

Trasportémonos á la Sabana de Bogotá.

El aspecto de aquella extensa altiplanicie, contemplada desde Nemocón, es prodigioso.

Veíanse por todas partes las construcciones indígenas en perfecta simetría y los fértiles terrenos cubiertos de lindísimos prados, como un nuevo Edén rodeado de horizontes, que dan franca entrada á la fulgurante aurora cuando amanece el alba, y fácil salida al carro vespertino cuando se ocultan los rayos del sol.

Chía, la Cápua del imperio chibcha, residencia del heredero del cetro de los cipas, es en aquella bellísima meseta andina el lugar donde el Adelantado fija sus lares para dirigir sus planes de conquista.

En esa hermosa comarca existen las mujeres de color moreno, ancho rostro, ojos negros, dientes de perlas, nariz chata y cabello negro y abundante; con su *chircate* cuadrado, ceñido á la cintura con una faja, y su *liquira* prendida con un *topo* de cabeza grande, deslizada con petulancia y donaire sobre los hombros hasta la mitad del pecho.

Jiménez de Quesada fué presentado á la corte de Thisquezuza, el cacique de Chía y heredero del cipa de Muequetá. Contrajo allí relaciones muy íntimas con una hermana del mencionado heredero, llamada Vitta.

Era ella inteligente, de carácter irascible y fogoso; pero de modales cultos, en acuerdo con su alta jerarquía y su noble estirpe. Estaba destinada para esposa de Quimuinchatecha, zaque y pontífice de Hunsa, afamado por todos los indígenas de aquellas comarcas por sus inmensas riquezas y su gran poderío.

Vitta era entre los chibchas como la mujer fuerte del evangelio: era la Judit del imperio. Amaba á su patria y tenía especial predilección por su hermano Thisquezuza, el heredero del cipazgo, á quien ayudaba con sus consejos en todas las empresas que éste acometía.

En la servidumbre de su corte había un criado llamado Pericón, que le era muy adicto y le servía de confidente en todas sus empresas.

En la corte aprendieron el Adelantado la lengua chibcha y Vitta y Pericón la castellana.

La pasión que Quesada tuvo hacia Vitta, desde que la vió, fué inmensa. La india lo comprendió, con esa sagacidad propia de su raza, y concibió el proyecto de atrapar al Adelantado para proteger los intereses de su hermano, el cacique de Chía y sucesor del cipazgo chibcha.

Era costumbre entre los indígenas de los dominios del imperio de los cipas, cuando se arreglaba un matrimonio, pedir el pretendiente la novia al padre, al tío ó al hermano, y obtenida la vénia, se celebraban las nupcias ante los jeques, quienes preguntaban á la esposa si había de querer á Bochica más que al

marido, á éste más que á sus hijos, á éstos más que á sí misma; si dejaría de comer en caso de que su marido estuviera con hambre y si prometía no ocupar el tálamo matrimonial sin orden de éste.

Una vez contestadas las preguntas por la mujer, se interrogaba al esposo que si quería por esposa á la que tenía abrazada, lo manifestase cuatro veces, luego que respondía: «sí quiero,» quedaba celebrado el matrimonio.

Vitta no tenía padre, ni tío, porque el cacique de Susa que era su tío materno fué muerto por orden del mismo Jiménez de Quesada, como hemos dicho antes, y sólo tenía un hermano, que era Thisquezuza, á quien el Adelantado debía solicitar la mano de la joven india; pero como ya sabemos, había huido.

No habiendo quien diera la mano de Vitta á Quesada, ellos se entendieron, sin más formalidad, y acordaron el enlace.

La noticia del matrimonio concertado entre el jefe español y la noble india cundió por todos los ámbitos del imperio chibcha.

El discípulo de Cristo se rindió ante la sectaria de Bochica.

La novia, ataviada con sus joyas más preciosas, jura amor y fidelidad á su esposo, sellando con aquel contubernio,—simulacro de matrimonio,—la unión de los reinos de Castilla y Nueva Granada.

Celebrado ya el desposorio, unos días pasaron, rápidos como los instantes en que la felicidad se digna mostrar á los mortales sus agasajos.

Vitta llamó á su confidente Pericón y tuvo una entrevista con él en el *Valle de los alcázares*.

Es preciso que sepas, Pericón,—dijo Vitta—que la independenciam y soberanía del imperio chibcha están en peligro. El cacique de Susa ha muerto, mi

hermano Thisquezuzza huye por los bosques y se le persigue, y yo, víctima de un gran sacrificio, me he resignado á matar mi único amor entregándome al jefe de los opresores de mi nación.

Los males que se nos han irrogado claman á gritos venganza. Yo soy la predestinada para salvar á mi pueblo, y tú, Pericón, debes ocupar distinguido puesto entre los libertadores del imperio chibcha.

¿Ofreces ayudarme?

—Juro,—respondió Pericón.

—Si cumples tu juramento—repuso Vitta—Bochica té premiará; si eres traidor, él y la nación te lo demanden.

—Señora, soy vuestro confidente y vasallo, y á vuestro patrocinio me acojo.

—Es preciso concertar un plan para lograr que el Adelantado Jiménez de Quesada y sus ochies abandonen nuestro suelo ó perezcan. No conviene á la independencia de la tierra de Nenterequeteba que los hijos del sol residan en nuestros dominios.

El legítimo cipa huye errante por las selvas y el cetro del imperio anuncia, yá vacilante, caer de sus manos.

El Adelantado, entre tanto, está reflexionando sobre el mejor medio para someter á los chibchas al dominio del rey de España.

—Intolerable es, oh señora mía, lo que nos sucede. Si consentís, pondremos en ejecución un diabólico plan que dará por resultado el que Quesada caiga en nuestras redes.

—Indícame ese plan y, si me agrada, te ayudaré á ponerlo en práctica.

—Fingiré traicionar á los chibchas, haciendo amistad con el Gran Panche, traicionaré á éste, atrayendo al Adelantado, y, por último, le haré traición á él en beneficio de los chibchas.

—Se trata, pues, de una traición no doble, sino triple,—repuso Vitta.

—La guerra es nuestro estado natural: vivimos en constante guerra y la guerra es lo único que nos proporcionará el medio de florecer y gobernar.

—En guerra nuestras tribus, el tiempo que pierdan los ochíes en debelarla lo aprovecharemos en conservar libres nuestros dominios.

—Si vencemos, viviremos la vida de los pueblos libres; si sucumbimos, desaparecerá nuestra raza y concluirán con la muerte nuestra servidumbre é infortunio.

—Desarrollaré mi plan y os indicaré los medios con que debemos contar para el buen éxito de nuestra empresa.

—Contarás conmigo con una decidida aliada.

—¡Guerra á los panches y guerra á los ochíes!

—¡Viva el imperio chibcha!



CAPÍTULO IX

Traición doble

Estaba el Adelantado reflexionando en Chía sobre el modo más seguro y eficaz de reducir el cipazgo chibcha al dominio de España, y Pericón sobre el mejor plan de lanzar á los ochíes de los dominios de Muequetá.

Convinieron Vitta y Pericón, después de unos días de reflexión, en una idea magnífica, que debía producirles el dominio completo sobre la temida tribu panche, á costa de los extranjeros conquistadores.;

Presentóse Pericón á Jiménez de Quesada unos meses después de haberse puesto aquél al servicio del Gran Panche ó cacique de los panches, y ofreció al Adelantado su ayuda para dominar á éstos.

El estado de Pericón era lamentable: estaba mutilado: las orejas las tenía recortadas.

Aquel espectáculo de un hombre, que aún chorreaba sangre, orripiló á Quesada, quien olvidando por aquel instante la inconstancia de los chibchas, y curioso por saber la historia de aquella barbaridad, exigió á Pericón que la relatase.

Comenzó éste así sus desventuras:

«Soy oriundo de Muequetá: mando como jefe á mis soldados que me tienen inmenso cariño; pero por error de mis mayores, que fueron débiles de carácter y no pudieron resistir á los panches, conviniéron en hacerse tributarios del monarca de éstos, en vez de cumplir, con el deber de patriotas, de reducir á cenizas el cipazgo de Muequetá.

Desde el tiempo del gran Nenterequeteba, el cipa más ilustre de los chibchas, mis mayores eran independientes y mi pueblo libre; pero el finado cipa Poucha tuvo la debilidad de haber auxiliado á sus vecinos para contener el poder absorbente de los feroces é implacables panches.

Fué vencido y subyugado: celebró un tratado cediendo gran parte del territorio de Muequetá á sus enemigos y se comprometió á pagar un fuerte tributo, cada siglo.

Hasta Nemequene se ha cumplido religiosamente el juramento de Poucha y por eso ha sido pagado en un siglo el tributo convenido.

El Gran Panche pretendió dar más amplitud al tratado concluido con Poucha y exigió auxilios para llevar la guerra á nuestros amigos de ayer y amigos hoy, los ochíes, que para honra de la gloriosa carrera de las armas comanda el ilustre Adelantado.

Como soy jefe de los guechas, propúsoseme, por medio de emisarios, aliarme á los panches, ofreciéndome en cambio de mi traición la suprema dirección de los destinos de mi patria.

Como era natural, rehué cometer semejante infidelidad.

Panquiaco, que así se llama el cipa panche, me atacó, derrotó mi ejército, hízome prisionero y me redujo á la servidumbre.

Logré, por fortuna, captarme sus simpatías du-

rante mi cautiverio y fui su más favorito confidente en todas sus empresas.

Consistía mi ocupación en los dominios del Gran Panche en apacentar los ganados, cultivar las sementeras y vigilar las thiguyes.

La *thiguye ata*, es decir, la primera, ó sea la mujer legítima de Panquiaco, á la que llamaban Panquiaca, se tomó muchas libertades conmigo, tuvo el capricho de poner en mí sus ojos y hasta la debilidad de manifestarme que yo le era de su agrado. Mediaban las circunstancias de que, sin hacer traición á mi señor, no podía aceptar aquellas adúlteras manifestaciones, por lo que me conformé con aplazarla para mejores tiempos, más ó menos remotos, pero además de éste, había otro motivo para eximirme.

Yo había fijado mis miradas en una hermana de ella, llamada Michúa, quien estaba encargada de llevar la contabilidad de la casa, pagaba los salarios á los servidores de Panquiaco, amonestaba á éstos cuando cometían faltas leves y disponía á su antojo de los ganados.

Era Michúa celeberrísima, bella como la luna cuando está en su completo apogeo, inteligente y descomunadamente orgullosa. Abarcaba conocimientos diversos y era la consultora en los graves asuntos de estado.

Panquiaco estaba prendado de ella y manifestábale su pasión con la mayor vehemencia.

La hacienda, que los ochies han dado en llamar *Tres Marias* y que el Gran Panche llama *Fusachagua*, estaba floreciente: los pastos abundantes, los cultivos variados, feraces las tierras y fecundo el ganado.

Antojósele á Panquiaco salir de sus dominios para hacer sus correrías de observación y merodeo, y Michúa quedó encargada de la administración de la

hacienda Fusachagua ó Tres Marías; pero tan excesivo era el trabajo que sobre ella había puesto el avaro panche, que, para hacer menos fatigosas sus labores dividió el día en varias partes para ocuparse en cada una de ellas en operaciones especiales: llevaba una relación de las tareas que correspondían á cada jornalero; vigilaba los trabajos; ordenaba el servicio doméstico, y en fin, llevaba la contabilidad de todo el negocio.

Era factible que incurriera en errores en las cuentas y efectivamente los cometía á cada paso.

Yo no tenía sueldo fijo: mi salario se me pagaba proporcionalmente. Dependía del número de obreros que dirigía.

Michúa ignoraba que yo sabía leer y escribir la lengua chibcha y sacar cuentas; todo mejor que ella misma.

Tratábase un día de arreglar mi cuenta, y al hacerse la liquidación de lo que me correspondía, que era la décima parte del jornal que devengaba cada trabajador, Michúa se admiró de verse contrariada por mí, y se enfadó hasta el extremo de agitar en el aire, en ademán de descargarlo sobre mi rostro, el látigo que siempre llevaba suspendido de la cintura para castigar ó atemorizar á sus siervos.

No me inmuté.

Precavido llevaba yo, aparte, mi cuenta, y, antes que Michúa la hubiera arreglado, sabía lo que debía recibir.

La taimada moza palideció al notar mi tranquilidad y la procaz sonrisa del que para ella no pasaba de ser un vil esclavo.

Mi facha no la excitaba á tratarme como un hombre educado y de alto linaje, y miróme con fingido desdén.

Con rayas, granos de trigo y otros ardidés, trató de convencerme, como á sencillo labriego, de lo que ella misma no estaba convencida; porque así es la soberbia humana: observa lo bueno y lo aprueba; pero escoge lo peor.

Medio sonreído le pedí humildemente perdón, saqué una libreta de mi faltriquera, la abrí, tomé un estilete, escribí, y del modo más claro y breve hice el cálculo.

Michúa, ante tanta evidencia no pudo ya replicar más: tomó el libro, hojeóle y fijóse en las diversas páginas que en él había, entre muchas de las cuales, en muy buen chibcna y en muy buen castellano, que ambos idiomas hablamos los dos, existían en buenos caracteres, mejor ortografía y superior redacción, varias composiciones en prosa y en verso, con mi firma al pie.

Convencida de que se había equivocado al juzgarme, interrogóme con timidez si lo escrito en la libreta era obra mía, y, recibida respuesta afirmativa, me pidió la informara sobre el motivo que me había inducido á ocultar mis conocimientos, posición y rango, para conformarme con aquella baja ocupación, en nada cónsona con mi educación y valía.

Gustoso avíneme á explicar á la joven panche mis aventuras y las de mi padre y abuelo, tributarios de Panquiaco.

Michúa comenzó desde aquel momento á interesarse por mí, prometió mejorar mi posición y comprendí que me puso especial afecto.

Aparentemente quedé satisfecho y sentí que era atraído por Michúa; pero de mi corazón no se apoderó ese sentimiento sublime y puro que produce en las almas nobles y elevadas un amor verdadero y una adhesión sincera. Yo sentí que me atraía á Michúa una fuerza extraña, inexplicable.

Veía sobre su suerte y la mía, desencadenarse impetuosa tormenta, precursora de grandes desgracias, en el proceloso mar de nuestras ilusiones...

Veía en el agitado océano de mis ardientes pasiones, entenebrecerse el cielo de mi dicha y zozobrar en las tormentosas olas del embravecido elemento, la nave conductora de mis encantos y aspiraciones...

Veía extinguirse en sagrado holocausto mi primero y único amor, como escogida víctima por las iras del implacable Chibhacum para ofrenda del sacrificio.

Sentía que me atraía Michúa. La amaba ciertamente; pero otro sentimiento predominó sobre el amor. Un infernal deseo de venganza por la injuria inferida, se apoderó de mi espíritu.

Concebí la idea de fingir respeto y consideración, por lo pronto; amor más tarde, para burlarme luego de la cándida niña y perderla después miserablemente, si se me presentaba la ocasión.

Escuchó Michúa mi narración de las aventuras de este su mayordomo y ofreció mejorar mi condición.

Me hizo su secretario y cajero, interinamente; mientras regresaba el Gran Panche, para solicitar después, de éste, que me discerniera el puesto en propiedad.

Desde entonces dejé la hacienda y no volví á ser ocupado en trabajos rurales.

Era tanta la intimidad con Michúa, que pasaba junto con ella ratos agradables y la divertía con mis chistes y ocurrencias.

Así pasaron algunos días hasta que regresó Panquiaco, quien extrañó mucho la metamorfosis operada en su mayordomo, que ya había llevado á tan alto su audacia, que ocupaba asiento en la mesa del cipa y penetraba en el interior de los alcázares.

El Gran Panche llamó á su cuñada, aparte, para

interrogarla sobre el motivo que había tenido para prescindir del decoro que se debía á sí misma y llevar á un mozo, tan miserable como yo, á la mesa.

Michúa observó al Gran Panche que para aliviarse de trabajo, me había hecho su secretario; porque descubrió que yo podía desempeñar el puesto.

—No te censuro que te ahorres trabajo,—repuso el Panche,—pero pudiste haber buscado un joven decente para que ocupara el puesto, y no á ese imbécil á quien habrás hecho insolente permitiéndole que se sienta á nuestra mesa y se iguale á nosotros.

—Como eres decidido partidario de las economías,—replicó Michúa,—creí prudente aceptar los servicios de Pericón quien trabaja en el escritorio por el mismo jornal que ganaba como mayordomo.

—Habría aprobado el gasto de más, si hubieras buscado un hombre decente y hábil.

—Pericón es hábil.

—¿Que...?

—No sólo es hábil, sino decente también.

—Ese chibcha te ha fascinado:

—Tenía tu misma opinión al principio, porque nunca concebí que bajo la vestimenta del labriego se ocultara un hombre de ilustración y limpia prosapia; pero lo he tratado á fondo, me ha referido sus cuitas y veo que me había engañado: hemos hecho una gran adquisición.

—Si eso es así, ¿porqué aceptó la plaza de mayordomo?

—La necesidad y su estado de prisionero lo obligaron. Hoy es siervo por el derecho de la guerra, y la victoria nos hace no ver en el enemigo vencido las virtudes ó méritos que lo enaltecen.

—Ese chibcha te ha engañado.

—Si tú lo tratas cambiarás de opinión.

—Lo que no quiero es que se siente á la mesa.

—Pero, ¿cómo haremos ahora que estará ya de seguro aguardándonos?

—Vaya!—que es lo más encillo!

—No veo el medio de disimular el desaire que se le va á hacer.

—Retíralo.

—Eso es muy duro después de haberlo autorizado yo misma para hacerlo.

—Si tú no te encuentras capaz de despacharlo, lo haré yo.

—Cómo?

—Mira esta vara: dos zurriagazos bastan para hacerle volar.

Y levantando el látigo en alto, acompañó la palabra con la acción, y cruzó el aire con un chasquido, causando un vibrante y precipitado ruido.

Iba á poner por obra la amenaza, cuando Michúa se le interpuso y salió en mi busca para prevenirme que debía huir.

En este altercado trascurrieron algunos instantes, y cuando Michúa llegó al comedor, yo no estaba allí ya.

Notando que tardaban y que nadie aparecía á alistar la mesa, sospeché lo que había sucedido y me aventuré á preguntárselo á un criado de mi confianza.

El fiel servidor me relató todo y en seguida me levanté.

Después que abandoné el comedor tomé rumbo para la hacienda y me presenté á los obreros diciéndoles que volvía donde ellos nuevamente para dirigirlos en sus labores.

Admiráronse del súbito descenso; pero les dije que sólo un capricho de mi ama me había metamorfoseado de obrero en señor, mientras regresaba Panquia-

co; pero que, estando ya éste en sus dominios, mis servicios en palacio eran innecesarios.

Los obreros me creyeron fácilmente; porque yo no había cambiado mi carácter cuando fui ascendido, y celebraron con música y fiestas mi vuelta á la hacienda Fusachagua.

Por demás está repetir que cuando Michúa se dirigió al comedor para notificarme la resolución de Panquiaco, no me encontró.

Le dio esa noticia á su cuñado que, aliviado del estorbo que yo le hacía, se dirigió á la mesa.

Al terminar la comida, me mandó recado, comparecí ante su presencia y me colmó de dicterios.

Desde ese momento, señor, comenzaron mis angustias y sinsabores.»



CAPÍTULO X

Traición doble

(CONTINUACIÓN)

«Fuí reducido al peor estado de degradación que un hombre puede alcanzar: de ilota ó paria,—continuó Pericón.

Ocupé el ínfimo puesto entre la última ralea de los esclavos; los alimentos se me escasearon; se me fustigó sin piedad, y sólo la vestidura natural que cubre al alma encarnada, se me dejó, para exponerme á la irrisión y á la vergüenza públicas.

Mis ángeles protectores fueron: Panquiaca, que indicaba en su semblante la señal del deseo y que no era correspondida, y Michúa, la tímida y preciosa vestal, que preocupaba mis ensueños.

Tocaron las dos á rebato, concitaron á la huelga á los siervos, reuniéronse éstos al rededor de mi lecho de martirio, alzaron como en somatén de guerra sus voces contra la injusticia, gritaron: «abajo Panquiaco!—y enarbolaron el estandarte de la rebelión.

El Gran Panche capituló.

Se me restableció en mis antiguas funciones; porque arengué á los mozos y disolví el tumulto.

Un día muchos de ellos fueron cruelmente maltratados, y, encabezados por mí, se rebelaron. Panquiaco lanzó una proclama llamando á sus súbditos en su ayuda; pero su llamamiento no tuvo eco.

El Gran Panche tuvo otra vez que capitular.

Los esclavos volvieron al orden; pero se les concedió la libertad de tomar trabajo en otras haciendas y cambiar de señor, mas no de suerte, en atención á que todos eran prisioneros de guerra, á quienes se habia perdonado la vida á trueque de ser guardados.

Disipada la tormenta, concluido el motín, el firmamento tornóse radiante y bello, abriendo paso cauteloso á los fulgurantes rayos del sol.—Erebo vencido, salió huyendo silencioso y tético delante del resplandeciente Febo, conductor de tibio fuego y blanca luz!

Fulgente parecía la campiña. Ondas luminosas lanzaban sus fúlgidos destellos mostrando desolación, ruina y esterminio por doquiera.

Desaparecieron las hojas y galas del almendro florido, la elegancia y alegría del prado, la dulzura y mansedumbre del arroyo, el plantío y la linde del seto.

Los oprimidos se vengaron.

Hicieron, ayudados por sus dioses de esparto y de piedra, todo el daño posible: las cosechas se perdieron.

Temiendo Panquiaco su caída y su ruina, si la discordia continuaba, y comprendiendo que yo era la causa de los males que le aquejaban, mandóme á buscar de nuevo.

Comparecí ante él. Volví á mi plaza de honor: fui secretario de Michúa.

Como por ensalmo, la paz, la dicha, la abundancia y el orden, volvieron á imperar en la hacienda *Tres Marias*.

La thiguye ata, Panquiaca, siguió con su capri-cho de fijar su pensamiento en mí y manifestóme su pasión, repetidas veces.

Seguí aplazándola.

La infame comprendió mi intento, adivinó mi inclinación á Michúa y juró vengarse, como se verá más adelante de mi relato.

Me puse sobre aviso ante tan formidable enemiga y la vigilé de cerca, para atarla y contenerla, en caso de que quisiera, cual iracunda fiera, estar sobre mí, al acecho.

Había un jeque, cuya misión era instruir á las thiguyes en los preceptos y dogmas de la religión, exhortarlas para que practicaran las sanas doctrinas de la moral, y cultivar sus inteligencias para transmitirles los conocimientos necesarios para la educación de los hijos.

Era joven, bien parecido, inteligente y de fuertes resoluciones.

Iraca era su nombre: era general del cacicazgo de su tribu, herbolario profundo y médico consumado.

Poco á poco fué Panquiaca desimpresionándose de mí, trocando su amor en odio y tomando afecto al apuesto jeque.

Panquiaco dispuso que Iraca viviera en un sótano del palacio.

Soy astuto y sagaz, observo mucho, disimulo más y soy discreto.

Me puse á observar todo para dar cuenta á Panquiaco, si descubría algo irregular.

Tenía libre entrada á toda hora del día ó de la noche en los aposentos ó alcobas, y, cuando veía algo notable, lo comunicaba al cipa, á quien juré serle leal cuando me hizo secretario de confianza.

Hacía días que Panquiaco notaba á la thiguye ata

menos afectuosa y sospechó que algún misterio encerraba esa indiferencia.

Me llamó é inquirió de mí la causa.

—¿Qué opinas—me interrogó—de la esquivéz de Panquiaca conmigo?

Me alegré al hacerme el Gran Panche esta pregunta y vi ya propicia la ocasión de mi venganza contra Panquiaca y contra el jeque, quienes fraguaban contra mí un diabólico plan para perderme.

—Señor,—le respondí,—deseaba ver con mis propios ojos para referiroslo todo. Os diré lo que sé hasta ahora. Sabed que la thiguye ata no hace cosa buena con el jeque: sabed que este ministro de Bachúe, en vez de endilgar á Panquiaca por el buen camino para que os sea fiel, hace con ella una vida de ilícito amor; ó en otros términos, el jeque es hoy substituto vuestro.

—Qué?...

—Lo que ois.

—Los has visto?

—Los he observado.

—Te equivocas, de fijo.

—Tengo las pruebas.

—¿Desde cuándo me ofenden?

—Desde que el jeque está en vuestro servicio, y, sin haberlo visto, se los días en que permanece con Panquiaca.

—¿De qué ardid te has valido para saberlo?

—Cuando el jeque llega á la habitación de la thiguye lo sé, porque con la harina del trigo riego el suelo, desde el umbral de uno de los salones del palacio, hasta el lecho de Panquiaca. Como nadie, á excepción del jeque y mía, entra en el edificio, tomo la vía no regada y la harina queda sin huellas.

Al siguiente día paso otra vez por la misma vía,

sin tocar la harina, y veo las plantas de Iraca estampadas en el pavimento.

¿Podrás decirme la hora que el jeque escoge para entrar?

—La media noche.

—¿Cómo lo has descubierto?

—Sencillamente. Cuando Iraca llega, el perro de Panquiaca ladra y esa hora es pasada de las doce. El can no hace nada si no lo despiertan, y, cuando sienten los pasos de alguno, por sutiles que sean, comienza á dar gritos y alaridos.

—Pero, podría suceder que el perro diera sus ladridos antes de las doce.

—No tal, porque antes de esa hora todas las personas que habitan la casa se han acostado, lo cual generalmente verifican antes de las nueve.

—¿No podría ladrar el perro antes de ir á dormir todos los de la casa?

—No; porque suponiendo que entrara gente extraña, cosa que hasta ahora nunca ha sucedido, jamás ladraría, por estar las luces alumbrando todavía y despiertos los de la casa, aunque estén acostados en sus lechos.

—Quedo satisfecho de tus investigaciones y convencido de que el jeque entra después de las doce; pero ¿podrá tu malicia haber descubierto la hora en que se retira?

—Antes de rayar el alba.

—¿Por qué?

—Porque como no va todas las noches, sucede que cuando lo verifica, la lascivia lo domina y demora mucho tiempo; teme las imprudencias del can, que siempre queda fuera del aposento donde duerme Panquiaca; reflexiona que aunque el cuadrúpedo lo conoce, podría atacarlo sin embargo, por estar aún

oscuro; aguarda la proximidad del crepúsculo de la mañana, y, entre claro y oscuro, desaparece del alcázar. De este modo puede salir y ser visto del animal, que lo conoce perfectamente.

—Así las cosas, se puede asegurar que el jeque es natural que se retire al despertar de la luciente *sua-mena*.

—Librelo Bochica de cometer semejante adefesio. Las otras thiguyes y los criados lo verían salir.

—¿Y qué le importa, si tiene entrada franca á las alcobas de las thiguyes?

—Por lo mismo es precavido y se premune contra la más insignificante causa de sospecha.

—Dime: ¿crees que será fácil sorprenderlo?

—Lo creo difícil, porque toma sus precauciones.

—¿Cuáles?

—Cambia de vestido: disfrázase de diversos modos: á veces es un viejo octogenario, de cabellos plateados y barba cana, baldado y de lento andar; otras es un joven muy adusto, esbelto, de largas patillas, bigote escaso, derecho, ágil y de andar ligero; á veces es una mujer que representa ser una thiguye y acaso parecido á la misma Panquiaca; y semejando una vieja haraposa, pordiosera y fea, se presenta también.

Estos diversos caracteres se distinguen; porque las huellas estampadas en la harina no son iguales todas las noches. Algunas veces viene acompañado, y se sabe, porque hay un sinnúmero de huellas en toda la extensión de la faja cubierta con la harina regada.

Escoge distintas vías para entrar en el palacio, aunque hay sólo una que lo conduce al aposento de la thiguye.

No tiene hora fija para llegar: una noche entra á

las doce, otra á las doce y media, y, en ocasiones, va á las tres de la mañana. No se presenta todos los días ni son fijos aquellos en que lo hace.

Llega armado hasta los dientes. Carga dardos, hondas, macanas y escudo.

Le acompañan tres, cinco y hasta veinte satélites, que son sus guardaespaldas.

La thiguye algunas veces osa salir de su alcoba, para irse á dormir á otro departamento, y aún ha salido del alcázar. Esto se conoce, porque el depósito para la limpieza se encuentra al amanecer, intacto, sin vestigios de haber sido usado.

Penetrar en el sótano de Panquiaca para sorprenderla *in fraganti delicto* es aventurado y expuesto; porque el jefe es hombre valiente y de fuertes resoluciones: carga muchos objetos que sirven para exterminar la gente, y prueba de lo que afirmo son las huellas, rastros casi imperceptibles que hay, tanto en las paredes como en las puertas de la alcoba de Panquiaca. Esos rastros son extraños, apenas se divisan, son caprichosos: hay agujeros en las paredes, hilos colocados en distintas direcciones, que vistos de día indican que no tienen destino alguno útil, al menos para sujetar ó pender de ellos cosas destinadas á la comodidad ó al ornato.

—A pesar de tus temores y de tu adversa opinión de sorprenderlos, quiero darles un espanto á Iraca y á Panquiaca.

—Os aseguro que es difícil, si no imposible, —le dije.

—Pues lo deseo, lo quiero, lo mando. Seis días de término te doy para que maquines el medio de sorprenderlos. Cuando los hayas descubierto me llevarás para presenciar el adulterio. Si logras que mi intento se realice, obtendrás como premio tu libertad; si no..... sufrirás un castigo tremendo.

Tienes talento y astucia, y así como has podido descubrir tantas cosas, hallarás también, con un poco de meditación, la manera de cogerlos en la trampa.

Inventa, pues, prepara tu lazo, tiende tus redes: la vida te va en riesgo, pues si no obtienes nada, te consideraré y trataré como un vil calumniador.

El cipa es hombre acostumbrado á cumplir sus ofrecimientos y por eso me alejé, mustio y abatido, de su presencia.

Me puse á meditar el plan que debía adoptar para sorprender á la thiguye con el jeque y satisfacer los deseos del intranquilo Panquiaco.

Hórridas pasaron para mi abatido espíritu las horas vespertinas de aquel día aciago.

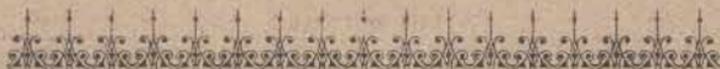
Mi mente enferma divagó por los espacios ignotos del pensamiento infinito, embargado, por los inmensos pliegues de un insomnio rebelde y profundo.

Pasó el primer día, siguieron el segundo, el tercero, el cuarto y el quinto; llegó el sexto.....

Nada!

El término del plazo se acerca.

Mi perdición se aproxima.»



CAPÍTULO XI

Traición doble

(CONCLUSIÓN)

«Estoy en el sexto día del plazo fijado por Panquiaco para llevarlo á presencia de su consorte, cogida en flagrante adulterio.

¿Qué hacer?...

Oh Chibchacum! asísteme.

Oh Bochica! confórtame.

Oh manes de Saguanmachica y de Nemequene! salvad á vuestro siervo!

Nenterequeteva, sabio y maestro: yá no dictas leyes, ni predicas una moral nueva: ¿qué suerte han corrido tus pronósticos? ¿qué ha sido de tus augures? Tu pretigio ha decaído, tu ciencia se ha olvidado, tu astrología ha muerto!

Las aves negras yá no lanzan por sus picos el hábito perfumoso que iluminó á la última Thule!

Chiminigagua es el reverso de la luz!

Banchúe llegó á su perigeo, penetrando en la laguna de donde habían huído las tinieblas y había asomado el primer día de la dicha.

Igaque se evapora.

Nencatacoa, cambia su rostro lujurioso y beodo, y se transforma en oso, y ya no arrastra la cola.....

Chaquen ya no marca los linderos de las simienzas ni se viste de plumas y diademas.

Cuchavira no es ya el abogado de las parturientes; ni admite ofrendas de esmeraldas, ni ostras, ni oro. El tiempo bonancible ha disipado la luz blanca, que ya no volverá á ser anuncio de paz con su cambio de colores:....

Las tierras de la altiplanicie van á ser anegadas por Chibhaecum. El Sopó y el Tibito van á transformarse en vasto lago.

El demonio surge de este cataclismo: devora á los réprobos y absorbe ríos enteros de almas. Desbórdase el apacible Funza!

Oh Funza! Oh Guatavita!

Chibhaecum, contén tu ira!

La gran mole que sobre tus hombros gravita, no la trepides con tus constantes vaivenes!

Agay quandolá in! Oh gran dolor!....»

«Una conspiración tenebrosa, formidable, contra mí se preparaba por Panquiaca y el jeque.

La casualidad me hizo descubrirla y me iluminó una idea para evadir el duro golpe.

Los acontecimientos importantes se suceden en concatenación prodigiosa, como se juntan los eslabones de una cadena.

Del descubrimiento de la conjuración vino el descubrimiento de la clave para atrapar á los adúlteros.

El rehén salió ilesa en la prueba.»

«Cinco días habían pasado y no había discurrido todavía la manera de hacer caer á los culpables en el lazo.

Entrado el sexto día me llamo Michúa para referirme algo que había descubierto.

Supe entonces que ella y Panquiaca eran rivales; tenían celos la una de la otra.

Sospechaba Panquiaca que Michúa me amaba y que le hacía la corte también á Panquiaco.

Temerosa de ver algún día á ésta elevada al rango de primera thiguye y sobrecogida por el temor de que al fin se supieran sus relaciones con Iraca, combinó con el precavido jeque un complot para perdernos.

Enviaron un indio hacia Michúa en busca de cazabe, que se fabrica con la sustancia llamada *jatrofa*, que, después de rayada, se lava y cuela, aprovechándose lo lavado, que se esparce formándose tortas en un comal, que se coloca al fuego, para asar esta especie de pan.

La *jatrofa* vino lista para formar las tortas. Ayudé á Michúa á asarlas, porque soy experto en eso y porque supe que estaban destinadas para ser obsequiadas al Gran Panche.

El perro de Panquiaca, goloso y glotón, se percibió de que teníamos manjar succulento para satisfacer el hambre, y se apoderó furtivamente de un pedazo del cazabe que tenía Michúa preparado.

El infeliz podenco dio un ladrido horrible; su cuerpo convulso osciló dando innúmeras contorsiones, como árbol movido en forzadas direcciones por terrible huracán; de su boca salían repugnantes espumarajos embalsamados por el mortífero tósigo, y tambaleando y empinándose y cayendo con estrépito, movíase hidrófobo, sediento de agua y sangre, lanzando ayes lastimeros y desesperados. Sus ojos lánguidos dejaron al fin de brillar, cuando densa nube zurcó sus órbitas. El desgraciado animal desapareció del mundo de los vivos.

Michúa sospechó que un crimen se fraguaba. Llamó al indio portador del cazabe, y, por el temor, se logró que confesara que Panquiaca y el jeque se lo entregaron, impregnado con el zumo de una hoja venenosa, para que después de descubierto el hecho recayera la responsabilidad sobre Michúa y sobre mí. Una idea me vino de repente.

Comuniqué á Michúa la comisión que me había dado Panquiaco para sorprender á Iraca y á la *thiguye ata* en flagrante adulterio.

Como todas las thiguyes viven en un mismo palacio, aunque en departamentos separados, y entre ellas existen rivalidades por aspirar todas á ser preferidas por el cipa, exploté la ambición de Michúa. Prometle seducir á Panquiaco para que la tomara por *thiguye ata*, después que repudiera ó hiciera perecer á Panquiaca, si me iluminaba algún plan para llevar avante mi árdua y difícil empresa de descubrir la infidelidad de esta thiguye y del jeque.

Michúa, que estaba ofendida como yo, por la infame trama del envenenamiento de Panquiaco, para hacer recaer sobre ella y sobre mí las sospechas del crimen y labrar nuestra perdición, alegróse de encontrar la ocasión de vengarse.

La ardidosa me indicó un ingenioso medio.

El indio que suministró el cazabe era nuestro, incondicionalmente.

Estaba aterrado, se le ofreció guardar silencio y no descubrir su complicidad en la tentativa de envenenamiento del Gran Panche; pero con la forzosa condición de no revelar á Panquiaca ni al jeque la muerte del perro, y, para que ellos no sospechasen que estábamos en posesión del secreto del tósigo, debía decirles que la *jatrofa* se le había derramado.

El indio se avino á todo.

El era el criado de confianza de la *thiguye ata*, prometió hacerles beber á ella y al jeque, la chicha, y darles á comer algún manjar; *verbi gratia*, la carne, en la cual echaría alguna substancia que les excitara la sed. Estas pócimas debía el indio propinárselas á las siete de la noche.

Es la chicha, bebida que á los indígenas todos nos gusta, y la tomamos al acostarnos y á toda hora. En ella debía el criado poner el *borrachero*, que es un polvo que se extrae de la corteza del árbol de este nombre, y que, comido ó chupado, engendra el delirio y predispone al sopor.

Las thiguyes beben la chicha antes de acostarse, para estar dispuestas á recibir al cipa, si éste tiene á bien discernirles este especial favor.

El indio cumplió su encargo.

El jeque comió conmigo aquella tarde, tragó el *borrachero*, y, provocada la sed, nos despedimos poco antes de las ocho de la noche.

Tomé el camino que conduce á la mansión del Panche y al torpe jeque se le ocurrió ir á apagar su sed al lado de la simpar Panquiaca.

Bebieron tanto los dos amantes, que se quedaron profundamente dormidos en el lecho del cipa.

Rodeado de sus tropas reales entró el ofendido Panquiaco, en són de combate, el sexto día del término fijado, á su hogar profanado.....

Eran las doce de la noche.

En impúdica y repugnante posición encontró Panquiaco al jeque Iraca con la favorita.

Tuvo la calma de su raza, y la glacial estoicidad, que en circunstancias semejantes merece todo lo contingente y corruptible, para elevar hasta lo sublime al filósofo, sobreponiéndolo á lo humano para colocarlo en la esfera misma de los ángeles.

El traidor sacerdote fué custodiado hasta el siguiente día.

Pasados los efectos del *borrachero* los amantes sintieron los albores del nuevo día, contempláronse en silencioso indescriptible éxtasis.....

De repente palidecieron temblando, levantaron los ojos lánguidos y exaltados por los efectos de la somnolencia, y, cuando iban á unir sus labios para escapar el eco del beso, observaron que el lecho estaba rodeado por los soldados del cipa, que mostraba rugiente y celoso toda la imponente y terrible actitud de un marido ofendido.

El triunfo fué completo.

Como el primer cónsul romano, pudimos Michúa y yo lanzar la pudibunda apóstrofe:

«*A la jacta est!*»

En la hoguera pagó Panquiaca su delito.

Sus cenizas, esparcidas al septentrión y al mediodía, al levante y al poniente, se disiparon como se borran las huellas del sufrimiento con la interposición del tiempo en las regiones ignotas del Letheo.

Iraca pagó con su cabeza la infidelidad cometida con el soberano y el amigo.»

Así terminó Pericón sus aventuras en los dominios panches hasta la muerte de la *thiguye ata* y del jeque.

La conducta de él para con el Gran Panche aparece hasta aquí como la de un hombre fiel; pero, como se ha manifestado en estos tres capítulos últimos, se trataba de una traición doble, y nos toca ahora explicar en qué consistió.

Hemos dicho que entre Pericón y Vitta, la mujer del Adelantado, se concertó el plan de salvar á los

chibchas del vasallaje que querían imponerles los suegaguas, y, al efecto, Pericón debía fingir traicionar á los chibchas haciendo amistad con el Gran Panche.

Yá sabe el lector que Pericón era jefe de guechas y que por medio de emisarios, mandados por los panches, se le ofreció la dirección suprema de los destinos del imperio chibcha, si se pasaba al bando enemigo. Igualmente sabe el lector que Pericón rechazó la proposición; que los panches lo atacaron y derrotaron, y lo hicieron prisionero.

Pericón resistió poco: interesábale penetrar en los dominios de Panquiaco; y lo consiguió, aceptando la derrota que pudo haber evitado, si hubiera querido. Con este proceder ni traicionaba su nación ni se degradaba á los ojos de sus mismos vencedores.

Reducido á la condición de prisionero, se le guardaron por sus vencedores los honores de la guerra y llegó á ser en la corte del Gran Panche el hombre de confianza, como hemos visto.

Yá veremos que Pericón, el *gran traidor*, es el salvador de la patria, que aparenta entregar, rendida, al enemigo, para servirla mejor.

El poderoso imperio chibcha ha sido vencido; pero no subyugado.

Esta es, en derecho de gentes, LA TRAICIÓN DOBLE.



CAPÍTULO XII

Traición triple

El relato que Pericón hizo al Adelantado, de las aventuras del cipa Panquiaco y su *thiguye ata*, lo sobrecogió por un rato, durante el cual permaneció absorto, en meditación profunda.

Al fin repuso: «¿Es decir que la legítima *thiguye* del Gran Panche se llamaba Panquiaca?»

—Justamente: era mujer de mucho talento y de bastante sagacidad.

—Sin duda debió ser ella quien me hizo la pasada, en una ocasión de engañarme, ofreciéndome revelar el secreto para reblandecer el oro.

—En qué paraje os sucedió éso?

—En Suacha.

—Es posible; porque ella era de sangre chibcha. Uno de los guechas la robó y entregó á Panquiaco. Era sobrina de Nemequene y prima de Vitta y de Thisquezuzza. La rivalidad que existe entre chibchas y panches data del rapto de Panquiaca.»

«Esa infame hembra—continuó Pericón,—mereció el castigo que le impuso el cipa, quien en su reemplazo excogió para favorita á la célebre Michúa.

La nueva thiguye me debía su posición y rango; pero la infame, la ingrata, fué la causante de la desventura que me ha puesto en el triste estado en que me veis.

Mi puesto de confianza lo conservé en el palacio del Gran Panche; pero noté que cada día que trascurría, mi señor no me trataba con la misma confianza que anteriormente.

Me hice precavido.

La misma Michúa, aunque aparentaba tenerme afecto, no me trataba con el mismo cariño que me tuvo cuando me dio la clave para salir bien en el plan de sorprender el adulterio de su antecesora.

Panquiaco me cumplió su promesa: me comunicó que podía disponer de mi persona, porque ya era libre.

Me postre á sus pies en señal de gratitud por tan marcado beneficio; pero, en vez de aprovechar esta feliz aventura, preferí, estulto, quedarme para dar á Panquiaco una prueba de afecto y de fidelidad, que me ha costado cara.

Michúa no gustaba de mí; no amaba á Panquiaco,—aunque para decir verdad, yo no la quería tampoco, desde que me amenazó la vez que tuvimos la diferencia al liquidar la cuenta de mi salario de mayordomo. Permitiase cierta familiaridad con un hijo del cipa, que era joven, en extremo hermoso, de buen porte y de aspecto simpático.

Tramaron entre los dos: ella y el joven,—el plan de matarnos á Panquiaco y á mí.

El veneno fué escogido para darnos una muerte cobarde, lenta, sigilosa.

Bosa, el hijo del Panche, antipatizó, conmigo, por emulación.

A mí se me comunicaban los secretos de estado, se

me pedía parecer y se me había confiado la dirección de la hacienda.

Mucha admiración me causó un día el ser cortejado y tratado con cariño. Se me brindaron comidas y bebidas que acepté sin recelo. Los regalos continuaron en los días subsiguientes y se me despertó la sospecha, la cual ví que resultó fundada.

Soy algo herbolario y me dedico también á la química: analicé las comidas, y, para cerciorarme más de que se trataba de intoxicarme lentamente, arrojé á una liebre un pedazo de una mazamorra que me enviaron y tuve el pesar de ver perecer el animal entre lastimeros quejidos y fuertes convulsiones.

Dudé aún.....

Mandó después conmigo la thiguye una bebida á Panquiaco: analicé las substancias de que se componía y descubrí un activo veneno.

La presenté al cipa y le expliqué que contenía un componente capaz de producir la muerte.

Panquiaco se rió, con confianza, de mi advertencia: probó el líquido fatal y se le presentaron los mismos síntomas que á la liebre. Quejóse de agudos dolores, corrieron todos en su auxilio y con antídotos adecuados se le hizo arrojar el veneno.

El vaso que Panquiaco había apurado contenía un residuo del licor. Me pusieron en confesión y dije la verdad.

Llamaron á Michúa y la malvada negó con refinada hipocresía ser la autora del atentado contra la vida del Gran Panche.

Para hacer creíble su relato dijo que ciertamente me había comisionado para dar á Panquiaco el líquido; pero que me lo entregó sin contener ninguna substancia tóxica: así pues, si al llegar á manos de Panquiaco apareció envenenado el licor, fué sin du-

da, porque se le habría echado el veneno, después que salió de su poder y pasó al mío.

Confrontados los dos, insistí en que tal como lo había recibido, así lo había entregado, y, para demostrar mi inocencia, alegué que lo había analizado; que había hecho la experiencia con una liebre y que advertí al Gran Panche, del peligro; pero lathiguye persistió en negar.

Deseoso el cipa de descubrir la verdad nos hizo dar tormento.

Fuí punzado con un agudísimo y delgado *topo*. Mis verdugos se relevaban de media en media hora, y cada relevante me martirizaba, con variedad de estilo y con refinada crueldad.

Aquello fué horripilante.

La descripción de mis dolores no tiene símil, y para hacer comprender hasta dónde es posible que un hombre soporte el tormento, necesitaría la sabiduría de un dios y agotaría en vano todo el gracejo y toda la elocuencia de mi radiante fantasía.

Resistí hasta donde pude, el punzamiento, por todas las partes de mi cuerpo; pero cuando el tormento llegó á su límite y me sentí desfallecer, pedí como un especial favor que se me ultimara. Entonces se me dio un momento de reposo.

Se me exigió que confesara.

Protesté por Chibchacum mi inocencia y el suplicio continuó con mayor encarnizamiento.

Comprendí que mi perdición era segura: de todos modos debía morir y escogí la muerte tranquila.

Pedí tregua.

El punzamiento se suspendió.

—Debes decidirte pronto: un minuto de espera y confesarás,—me dijeron mis verdugos.

—Soy inocente!—repuse.

Mis ojos se nublaron, fulguraba mi frente enrojecida; exangüe daba saltos, á intervalos; siguiendo los movimientos que una fuerza extraña me comunicaba; á ratos mi mente deliraba entre el vago reflejo de mi perturbada inteligencia y el delirio de mi alma envuelta en los arpegios de ingratos y variados ensueños.

La corta tregua fué peor.

Pasó el minuto.....

Volvió el tormento con más fuerza.

Aquello fué horrible.....

Ahora yá era con música.

Formóse á mi alrededor una rueda y al són de la *guachabara* y de los instrumentos, hacíanme danzar al compás de los pinchazos de los *topos*.

Yá no pude más.

—Alto!—exclamé.

Todos los *topos* bajaron, la *guachabara* cesó, la música terminó y yo me preparé á cantar.

Canté; pero fui implacable.

Como mi perdición era indudable, concebí envolver en ella á la perversa Michúa y al desnaturalizado Bosa.

Ofrecí hacer relaciones importantes si se me perdonaba la vida.

El generoso cipa prometiómelo y declaré que la thiguye Michúa, de acuerdo con Bosa y conmigo, había maquinado contra la vida de Panquiaco: que yo servía de intermediario rufián en las ilícitas relaciones de Michúa y el hijo del Panche: que Bosa aspiraba al cipazgo, y la thiguye había acordado casarse con él, á fin de dominar al pueblo panche y hacerlo tributario del cipa chibcha, ó por lo menos libertar al pueblo de éste, del tributo que debía pagar á Panquiaco cada siglo: que yo, de origen chib-

cha, había fingido traicionar mi país para servir mejor á mi causa, revelando á mis compatriotas todos los secretos de estado del imperio panche: que Michúa, de origen chibcha también, protegía la causa del cipa Thisquezuza, su pariente y aliado.

Fuí creído, porque mis versiones parecieron verosímiles.

La thiguye sufrió más tormentos que yo.

Expuesta á la vergüenza pública, su cuerpo fué cubierto de miel y hecho pasto de las moscas y de las hormigas.

Cuando el dulce se agotaba, era impregnada otra vez, y los insectos se daban cita.

La persistente mujer insistió en negar.

No habiendo producido efecto la miel, se le sometió á fuego lento.

Ni así confesó aquella heroína del pecado.....

Expiró en las brasas.

Bosa no fué sometido al tormento

Fué condenado á perder la mano derecha para que no pudiera empuñar el cetro, lo cual equivalía á quedar inhabilitado para gobernar el territorio panche.

Y á mí..... se me perdonó la vida, sí; porque, siendo doble mi traición, en verdad no era traidor. Amaba á mi pueblo y servía á mi patria. Aquello era noble y admiró al Gran Panche.

Algún castigo debía sufrir para desagravio del Panche, y, en efecto, señor, se me condenó á sufrir éste que veis.....

Fuí azotado.

Luego me ataron á un árbol cerca de la frontera, para hacerme perecer de hambre y de fatiga..... y me mutilaron..... y me recortaron las orejas.....

Y así fuí abandonado en medio de la selva para

que las fieras me devoraran y después las aves de rapiña se distribuyeran mis despojos!....

Pero, Bochica es grande y es clemente: él vela por la salud de los mortales y se apiadó de mí.

Unos guechas se acercaron, me tuvieron compasión, me soltaron y me dirigieron á la corte del cipa Thisquezua.»

Así terminó el desdichado Pericón sus tristes aventuras.

El Adelantado, á quien mucho interesó la narración del indio, refirió el percance que le pasó con Panquiaca, la anterior thiguye, favorita de Panquiaco.

«Cuando pasé por Suacha—prosiguió Jiménez de Quesada,—penetré por un espeso bosque, bañado por las mansas y cristalinas aguas del apacible Funza. Con mi ejército seguí el curso de aquellas corrientes, hasta que á cierta distancia de Suacha, observé el bellissimo paisaje, formado por el pudibundo y torrentoso salto del Tequendama.

Aquel precioso panorama provocó á los soldados la tentación de bañarse en el sitio donde el salto desciende para continuar su curso, en una profundidad, cuya bajada es de ciento noventa y tres metros.

No tenían vestidos á propósito, é iban á desistir de su intento, cuando, caminando un poco más hácia abajo, les llamó la atención un espectáculo vergonzoso.

Unos indios estaban totalmente desnudos y las mujeres cubiertas tan solo con un angosto refajito que apenas ocultaba las partes pudendas.

Pasado el rubor, resolvieron seguir bajando un poco más, y el asombro creció cuando observaron á chicos y grandes, hombres y mujeres, todos revuel-

tos, completamente desnudos, zabuyendo, brincando y retozando en las aguas.

Algunos, saciados yá del baño, se sentaban en las márgenes del riachuelo, á catear el oro que recogían del lecho. Dijeron que conocían un secreto para ablandar el metal y ponerlo tan suave como la cera, para trabajarlo fácilmente á mano, sin necesidad de recalentarlo.

Cuando ví á los indígenas en ocupación tan grata para mí y los míos, les propuse y ellos accedieron, cambiarles todo el oro lavado, por varios artículos de mi país.

Deseoso de saber cómo reblandecían el metal, pregunté á una india si ella conocía el método.

Me contestó que sí y que el procedimiento consistía en frotar el oro con cierta hoja; pero se resistió á revelarme cuál era.

Me indigné tanto con la negativa de la india, más tenaz cuanto más la amenazaba, y resolví, por la violencia, arrancarle el secreto. La astuta, que yá recuerdo se llamaba Panquiaca, y era sin duda la mujer del Gran Panche, prometió mostrar la hoja.

La hice seguir por una columna de mis tropas, al bosque, y previne á mis soldados que se fijaran bien en la hoja y me trajeran algunos ejemplares.

Un día entero duró la india recogiendo hojas de diversos árboles, entre las cuales tomó la que tenía la propiedad apetecida.

Los soldados se cansaron de seguirla y se conformaron con pedirle una hoja de cada uno de los árboles que ella había tocado.

Tuvo la india especial cuidado de recoger muchas; pero no puso entre ellas la que verdaderamente tenía la cualidad de ablandar el metal.

El resultado de la excursión fué que mis cándidos

soldados la dejaron ir, satisfechos como estaban de tener en sus manos el precioso secreto.

Nos pusimos á ensayar y el experimento nos dio el éxito que debe suponerse: el oro no se ablandó.

Enrojecido por la cólera mandé perseguir á Paunquiaca; pero ella, veloz como un galgo, desapareció sin dejar el rastro».

Calló Jiménez de Quesada.

Pericón, después de un intervalo de silencio, le dirigió la palabra al Adelantado.

—La ocasión ha llegado para que los hijos del Sol vean brillar su astro luminoso en las tierras de los panches y de los chibchas y en otras lejanas regiones,—repuso Pericón.

—Tú,—dijo Jiménez de Quesada,—has sido reducido á la servidumbre, has sido vapulado, has sido atormentado, has sido mutilado: tu triste situación te impele á la venganza: tu porvenir anuncia ser más venturoso.

Tu dicha depende de tu alianza con los suegaguas, hijos de ese Sol, á quien tú y tu tribu rendís culto.

Nosotros, los ochíes, tenemos veneración por otro Sér más grande que ese Sol que vosotros adorais.

No practicamos la idolatría; porque nuestras creencias y nuestras esperanzas están en un sólo Dios, Rey y Señor de lo creado.

Él es sabio y justo y ha dado al hombre el dominio de todo lo que la tierra sostiene en su superficie.

Él es el que todo lo puede: según Job, Él es la sabiduría infinita—«que no se compra con oro finísimo; no la igualan ni el oro, ni el cristal de roca,

ni la piedra sardónica, ni el zafiro, ni los vasos de oro puro, ni el topacio de Etiopía».

El Sér Supremo que nosotros adoramos es el Dios de los primitivos tiempos de Adán, Sem, Abraham, Isaac y Jacob.

La sabiduría la estableció el Señor: descubrió sus arcanos al hombre, y consiste, como dijo Job, el Justo, en temer y honrar á Dios y huir del pecado.

Por redimirnos del pecado y de las penas del otro mundo, vino el Mesías, quien predicó una moral nueva y nos enseñó á amarnos los unos á los otros.

Nosotros, los hijos del Sol, hemos sido enviados á vuestras tierras para convertirlos á la religión verdadera y hacer vuestra felicidad.

El Sér Supremo, único Dios de los hombres y de las naciones, ha resuelto en sus altos é inescrutables designios, que todas las tierras del Nuevo Mundo se sometan á España y acepten el catolicismo, como la única religión verdadera, fuera de la cual nadie será salvado.

Si tú te unes á los ochies y los ayudas en la alta misión que han emprendido y que del Cielo viene, harás un beneficio á los de tu raza y obtendrás junto con tus hermanos, la salvación eterna.

Thisquezuza es tu señor natural: él es el cipa de los chibchas, él huye de los suegaguas y el sitio donde se oculta es de nosotros ignorado.

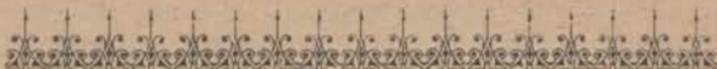
Donde quiera que esté maquinará contra nosotros y procurará hacernos cuantos males sean imaginables: ¿quieres ir en su busca, decirle que te enviamos de paz, que vuelva á gobernar sus dominios y que haga causa común con sus amigos, los súbditos del rey de España?

—Quiero,—contestó Pericón.

—No es mi intención hacerle daño ni pretendo que seas traidor.

—Días venturosos veo que se acercan para mi pueblo— repuso el indio,—y por lo mismo haré todo lo que sea posible por descubrir el paradero de Thisquezusa, á quien aconsejaré que cese de ocultarse y se haga tu aliado.

El Adelantado colmó de presentes á Pericón y le envió en busca del cipa.



CAPÍTULO XII

Thisquezuzza

Antes de ocupar Thisquezuzza el trono de Muequetá, como cipa de los chibchas, era cacique de Chía, donde residían los presuntos herederos de la corona.

En la campaña contra los sutagaos combatió al servicio del cipa Nemequene y obtuvo brillantes triunfos.

Muerto Nemequene en el campo de Fuquene, fué proclamado, como yá se sabe, el cacique Thisquezuzza, y por la influencia de Jiménez de Quesada, fué reconocido como cipa.

Era de buen porte, de alta estatura y de aspecto grave y gallardo.

Sus súbditos lo amaban, y, cuando huyó de sus dominios, se retiró á los bosques cerca de Facatativá, adonde lo siguieron, cosa de veinte mil hombres, á órdenes de Saeresaxigua, valiente general que combatía siempre á sus órdenes.

Todos los chibchas sabían el bosque donde estaba oculto; pero ninguno habría sido capaz de denunciarlo, aunque le hubiera costado la vida.

Pericón, por consiguiente, siendo chibcha, conocía el refugio del cipa.

Fué en busca de su soberano, le informó de la situación de Quesada, del deseo que había manifestado éste de hacer una alianza y del número de hombres que el Adelantado tenía, que eran apenas ciento sesentaseis.

Después de alguna meditación, resolvieron Thisquezuzza y Pericón atacar á Quesada por sorpresa, en momentos en que estaba movilizando su escasa gente para dirigirse á Nemocón.

Sacresaxigua marchole al encuentro y le acometió con ímpetu. La vanguardia de los chibchas estaba compuesta de momias de guerreros afortunados, que les servían de talismanes, para obtener la victoria y de estímulo por el recuerdo de las pasadas glorias.

Los ochíes, aunque escasos en número, causaron grandes estragos en las fuerzas indígenas, las cuales fueron rechazadas con grandes pérdidas, por unos pocos infantes y un piquete de caballería.

El Adelantado persiguió á Sacresaxigua hasta la fortaleza del *Busongote*, que estaba rodeada por una cerca de cañas entretregidas y maderos gruesos, de quince pies de altura y cubierta por un toldo tupido de algodón, como de cinco varas de ancho y dos mil de largo.

Los ochíes al llegar á aquella fortaleza, retrocedieron al divisar la infinidad de indios aportados en las colinas cercanas.

Informado Thisquezuzza del mal éxito del ataque hecho á los ochíes, conferenció nuevamente con Pericón para hacer salir de sus dominios á los intrusos extranjeros.

—Irás,—le dijo á éste—á la posición de Busongote, al campamento del jefe ochí, y le prometerás cargueros, oro en abundancia, esmeraldas y sal, con la condición de que sólo permanezca ocho días en mis dominios.

Acertado creo tu pensamiento, Thisquezuzá, y para afianzar tu palabra es conveniente que me despachés con algunos presentes.

El cipa aprobó la idea de Pericón y envió con él al Adelantado diez cargueros con víveres, joyas de oro, esmeraldas y finísimas telas de algodón.

El enviado encontró á Quesada en Chía.

Los cargueros, al llegar á la presencia del Adelantado, se inclinaron; colocaron los presentes á sus pies, quemaron moque y entonaron himnos de adoración y gracia, implorando el perdón por el atrevimiento de haber hecho armas contra los ochies, hijos del Sol y de la Luna.

Quesada recibió á Pericón y á los cargueros con demostraciones de júbilo, tomó los presentes; pero, para aceptar la condición de abandonar las tierras de los chibchas, mandó recado á Thisquezuzá proponiéndole una entrevista.

Era su intento apoderarse del cipa, y, bien con halagos, bien con violencia, adueñarse de los tesoros y de los dominios de éste.

En tanto que Pericón cumplía su doble comisión de mensajero del Adelantado y del cipa, aquél aprovechaba el tiempo celebrando alianzas con los caciques de Tuna y Suba, que fueron los primeros que se sometieron, que obsequiaron á los ochies y los alojaron en sus pueblos.

Para imponerse, Quesada hizo levantar una picota en la plaza principal de Suba para azotar á los naturales, por las faltas leves que cometían.

Vitta, la esposa del Adelantado, sostenía correspondencia secreta con Thisquezuzá y le imponía de todo lo que pasaba.

Aconsejole que no aceptara la invitación de pasar al campamento del jefe ochí; porque tenía por obje-

to atraerlo para manifestarle personalmente la resolución de hacerlo vasallo del rey de España, á quien ni siquiera conocían, y apoderarse de sus tesoros.

Thisquezua y Pericón establecieron un sistema bien organizado, de espionaje, por medio de los siervos destinados á cargueros y la servidumbre indígena que tenía Vitta á sus órdenes.

Valióse el cipa de un recurso. Comprendiendo que los ochíes, lo que más buscaban era oro, hizo transportar á muchas leguas de distancia las piedras preciosas y el oro que existían en los templos y palacios, y lo ocultó todo en parajes ignorados.

Para asegurarse de que nadie descubriría el secreto, hizo dar muerte á los indios que condujeron los tesoros.

Pensó Thisquezua que no encontrando Quesada riquezas en aquellos parajes, emprendería la retirada y lo dejaría en paz.

En Suba permaneció Quesada algún tiempo, recolectó el oro que en aquellas regiones encontró, y, cansado de esperar más, sin éxito, se dispuso á abandonar el campo.

La situación del cipa era por demás angustiosa.

El número de sus soldados era grande é imponente, contaba con la lealtad y el valor de sus vasallos, es cierto, pero no dejó de comprender que del lado de su ejército se había apoderado un terror pánico, verdaderamente supersticioso; porque además de la persuasión que tenían de que los suegaguas eran hijos del Sol y agentes de Bochica, enviados para castigar sus maldades, no dejaron de comprender que los invasores, aunque en escaso número, les sobrepujaban en elementos de guerra y en táctica militar para lanzarse en los combates, con la seguridad de vencer.

Para que el Adelantado se decidiera á dejar los dominios chibchas, por la carencia de oro, esmeraldas y otras riquezas, resolvió Thisquezuzza conferenciar con Pericón y valerse de la eficaz cooperación de Vitta.

Quesada se dirigió á Muequetá, llamado también Bacatá, que era la capital del imperio chibcha, donde pensó que podrian estar ocultos los tesoros de Thisquezuzza.

Vitta y Pericón siguieron al ejército suegagua y ayudaron á Jiménez de Quesada á relacionarse con los bacataes, quienes lo colmaron de víveres, oro y piedras preciosas.

Agotados los tesoros de Bacatá; porque Quesada se apoderó hasta de las reliquias de los templos, envió comisiones á los puntos inmediatos, para que barriaran todo el oro que encontrasen.

Muchos meses duraron las exploraciones.

Los chibchas desesperaron por la demasiada prolongación de la residencia del Adelantado en aquellas comarcas.

Resolvieron Thisquezuzza, Pericón y Vitta, hostilizar al jefe de los ochies; con ataques frecuentes, para acapararlo por sorpresa.

De noche, cuando el campamento de Quesada estaba tranquilo, se producía el alarma con el ruido de las piedras y los dardos enbolados que arrojaban los chibchas.

Otras ocasiones arrojaban los indígenas materias inflamadas que no incendiaron la población, por la mucha vigilancia que había en la gente de Quesada.

Cuando ésta acometía á los asaltantes, esquivaban las cargas de caballería, acogiéndose á los pantanos y á las lagunas; desde las cuales continuaban el ataque, con marcada ventaja.

Desesperado Thisquezuzza por lo infructuoso de su nuevo plan para alejar á los ochíes, dispuso una remeteda contra Jiménez de Quesada para definir la situación.

La mujer del Adelantado, la heroína Vitta, invitó á su marido á una excursión á Tibacuy, lugar que estaba colocado en el camino que separaba el imperio chibcha del panche.

La ingeniosa mujer informó á su marido de que en los dominios de Panquiaco había riquezas fabulosas, y que, tomando hacia el Occidente ó hacia el Sur, hallaría las codiciadas preciosidades que los harían á él y á sus soldados inmensamente potentados.

El ambicioso Adelantado no abandonó á Bacatá, siu embargo de tan agradable noticia.

Era época de las lluvias y prometió á su esposa hacer la excursión cuando entrara la estación seca.

Comisionó al capitán Juan de Céspedes para que operara contra los panches. Tomaron el camino de Tibacuy, donde gobernaba un cacique sometido á Thisquezuzza, cuarenta infantes y dieciseis hombres de caballería, al mando de Céspedes, guiados por Pericón, jefe de los guechas, y algunos indios baca-taes.

El sagaz Pericón informó á Quesada de lo peligroso que era internarse al territorio de los panches con tan poca gente y le aconsejó que saliera él mismo con todo su ejército á batir á tan indómitos enemigos.

No era el deseo de Pericón precaver al Adelantado contra cualquier desastre, pues esperaba de todos modos verlo derrotado, y conseguir debilitar á los panches con el terrible combate que debía trabarse entre los de esta tribu y los invasores extranjeros.

Proponíase atraer al jefe ochí á una emboscada para que lo atacaran los chibchas por retaguardia; pero su

proyecto no tuvo resultado, porque el Adelantado persistió en su idea de mandar al capitán Céspedes y permaneció en Bacatá aguardando el resultado de la expedición.

Siguió Céspedes á Tibacuy, y, á poca distancia, encontró á cinco mil panches, bien disciplinados, que lo obligaron á combatir.

Entre tanto, una comisión del cacique de Tibacuy se dirigió, con presentes, á Bacatá, y los ofreció á Jiménez de Quesada.

Vitta recordó á éste, que la estación de lluvias había terminado y que era propicia la ocasión para veranear en Tibacuy.

El Adelantado resolvió esperar más para hacer la excursión, después que se hubiera descubierto el paradero de Thisquezua.



CAPÍTULO XIII

Traición triple

(CONCLUSIÓN)

La expedición al mando del Capitán Céspedes salió de Bacatá con algunos guías y se dirigió por el camino de Tibacuy, donde combatió con los panches, según dejamos dicho.

Los ochíos atacaron con valor y bizarría, y aunque quedaron dueños del campo, estuvieron á pique de perecer á manos de los temibles panches.

Varios indígenas aliados huyeron y llevaron á Jiménez de Quesada la noticia de la completa derrota de Céspedes.

Pericón fué el que envió á los mensajeros con esta nueva, que produjo el efecto de que el Adelantado diera orden á las tropas invasoras de regresar á juntarse con él, en Bacatá.

Esta conducta de Pericón proporcionó á los panches la ventaja de rehacerse, para ser ellos después los asaltantes y atacar desprevenidos á los ochíos.

El sistema de él, consistía en mantener en guerra permanente á los dos bandos, para lograr que los chibchas se hicieran preponderantes; una vez des-

truidos los ochíes y los panches, enemigos ambos, ejércitos, del cipa Thisquezuzá.

El Capitán Céspedes, muy á su pesar, obedeció la orden de su jefe y se regresó á Bacatá, con sus fuerzas.

Para mejor testimonio de que había obtenido la victoria, Céspedes llevó consigo varios panches prisioneros y los presentó al Adelantado.

Vitta y Pericón conferenciaron de nuevo: ella indicó á él otro proyecto para deshacerse de los molestos huéspedes. Pericón se dirigió á las selvas que servían de refugio á Thisquezuzá, á noticiarle lo acordado y el cipa aprobó la nueva idea.

Dos chibchas se ofrecieron para acompañar á Pericón donde Jiménez de Quesada para revelar el paradero de Thisquezuzá, mediante un precio convencional.

El Adelantado recibió á los dos indios con demostraciones de cordialidad y les ofreció multitud de bujerías, que para ellos tenían inestimable valor.

Otra comisión de chibchas, penetró al territorio panche, con ofertas de paz estable y alianza perpetua, en compensación de la promesa de entregar al Adelantado.

Pericón, de acuerdo con Vitta, prepararía la emboscada en que debería perecer Jiménez de Quesada, por sorpresa.

El cipa panche aceptó de buen grado la alianza y se preparó para la campaña.

Los ochíes se dirigieron á Somondoco, acompañados de Pericón y los dos chibchas que debían denunciar el sitio donde estaba oculto el cipa Thisquezuzá.

En aquella población encontraron los ochíes algunas esmeraldas y muy poco oro.

Los guías calcularon que el Adelantado seguiría

con ellos, hasta internarse en regiones, en donde las provisiones se agotarían, y les sería difícil avituallarse, durante la estada ó durante el regreso.

Hacían de cuenta los guías que los panches, confiados, exterminarían á los pocos ochíes; pero, para obtener el triunfo, sufrirían muchos descalabros y después los chibchas vencerían á los panches. Thisquezuza saldría de su escondite y atacaría á la tribu panche, la cual estenuada y débil, por el combate con los ochíes, sucumbiría en el primer encuentro.

Esto muy bien puede llamarse *traición triple*; pero, desgraciadamente para los chibchas, los resultados no correspondieron con los proyectos, porque Quesada salió de Somondoco para otros poblados, en busca de aventuras, para adquirir tesoros, y no para combatir ejércitos.

La ruta que tomó fué diferente; en ocasiones tuvo que aceptar combates; pero en las más fué recibido de paz y colmado de riquezas por los indios de las comarcas que visitó.

Vitta decidíole al fin á trasladarse á Tibacuy, donde veranearon.

En aquella población recibieron á varios caciques que les llevaron ricos presentes y les rindieron vasallaje.

La conducta del Adelantado era prudente, y el trato que daba á los indígenas, humanitario, en lo general. El mismo, sin afectación ni orgullo, recibía con cariño y benevolencia á los mensajeros que le llevaban los obsequios y los devolvía con algunos regalos de las cosas de Castilla que le quedaban.

Durante la estada del Adelantado en Tibacuy, varias expediciones salieron en busca del cipa Thisquezuza, acompañadas de Pericón y los dos guías que debían denunciar el escondite del monarca chibcha.

Los caminos que tomaron los expedicionarios fueron muy opuestos al que servía de refugio á Thisquezuzá.

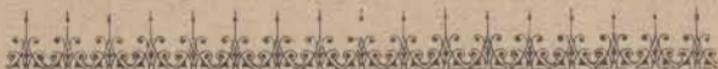
El taimado Pericón, de acuerdo con los dos guías, hizo penetrar á territorio panche á los pocos expedicionarios, quienes tuvieron un reñido encuentro con tan feroz tribu, en el cual se vieron obligados á tomar la retirada para regresar á Muequetá.

Noticiado Quesada del percance, levantó el campamento de Tibacuy y se encaminó á la capital del cipaygo, con sus tropas y el botín que había acopiado en sus diversas exploraciones.

Allí se unió á los restos de las expediciones, que se salvaron de la muerte ocasionada por la peste y por las armas de los panches.

Pericón y los guías desaparecieron sin que se hubieran apercido los ochies, entretenidos como estaban, en lo más recio del combate con los panches.

La desaparición se atribuyó á una de dos causas: ó á haber muerto ó á haber caído prisioneros; pero ninguna de estas causas la motivó.



CAPÍTULO XIV

Conquista del Nuevo Reino de Granada

Convencido Quesada de que era difícil descubrir el paradero de Thisquezuzza, se resignó con la confianza de que en Bacatá ó Muequetá encontraría muchas riquezas, superiores á las que había acopiado; pero su admiración no tuvo límites, cuando á su regreso á la capital, encontró las casas desiertas; porque los indígenas habían huído.

El oro, las esmeraldas, la gran cantidad de mantas y otros tejidos: todo había desaparecido; porque el cipa y sus súbditos se lo habían llevado.

El palacio real era uno de los edificios más bellos: el interior estaba revestido de cañizos amarrados con cuerdas de varios colores y tamaños. Los indios vagaban por las cercanías y de noche molestaban á las tropas ochíes.

Estas les echaban la caballería y ellos huían ocultándose en las lagunas.

En Tanaguasá, lugar distante muy poco de Muequetá, tenía Thisquezuzza una quinta de recreo, en la cual se alojaba una parte del año.

Por una indiscreción de un mozo indio descubrió

el Adelantado que Thisquezuzza merodeaba por los alrededores y envió una partida de soldados para sorprenderlo, pues según noticias, solía refugiarse de noche en aquella quinta, para dirigir los ataques nocturnos sobre el ejército suegagua, alojado en Bacatá.

Tan débiles y tan hambrientos estaban los sueguas al regreso de las excursiones que habían emprendido en persecución de Thisquezuzza y en busca de tesoros, que decidieron fijar sus lares en la tierra que habían descubierto, para llevar á cabo la empresa de colonizar todo el territorio chibcha y dejar al tiempo la ocasión propicia para hacer un escarmiento en el fugitivo cipa.

Comenzaron su establecimiento con el ataque al cacique de Tundama, que era el más reputado del territorio; pero muy en breve desistieron de la empresa; porque la fama de muy belicoso de que gozaba aquel pueblo, hizo que se apoderara de los soldados ochés tal temor, que los pocos arrojados que habían opinado proseguir el ataque, tuvieron que resignarse á acatar la voluntad del mayor número.

Se dirigieron á pueblos como Bombozá, Cuitiva y Tota.

Después de tanto viajar y vagar por despoblados, llegaron á una jornada de la residencia del Zaque de Hunza, llamado Quemunchatocha. Sirvió de guía un indígena á quien disfrazaron, recortándole el cabello y vistiéndolo al estilo de los sueguas.

Transitaron por innumerables valles, muy de prisa, hasta el amanecer, y llegaron por fin á Hunza.

Unos indios salieronles al encuentro, recibieronles de paz y les suplicaron que demoraran la entrada por unas horas, para no causar sobresalto al zaque; pero Jiménez de Quesada, escarmentado con el chasco

que le había dado Thisquezuzza, entró con sus soldados, con gran precipitación, en el pueblo, y penetró de súbito en la residencia de Quemunchatocha.

Se apeó el Adelantado del caballo, desenvainó la espada, y, seguido de sus principales oficiales que hicieron lo mismo, llegó al cercado, y como lo hallara cerrado, hizo abrir violentamente las puertas.

Los suegaguas con suma rapidez penetraron en un patio y se dirigieron hasta un recinto que estaba abierto. Entraron hasta el aposento del zaque, á quien encontraron sentado en un banco de madera, rodeado de varios indios que permanecieron de pie, cubiertos de plumas y con petos de oro en las manos.

Maravillados quedaron los ochies al contemplar las chapas de oro finísimo que forraban las puertas de las principales habitaciones. Estaban tan pulimentadas, tan bruñidas las láminas, que irradiaban resplandeciente luz al ser heridas por los rayos del sol.

Nadie se atrevió á tocar aquello.

Tan absorto estaba el Adelantado en la contemplación de magnificencia tánta, que severamente lo prohibió.

En medio de su estupor observaron los suegaguas los alaridos de millares de indígenas que rápidamente rodearon el vallado.

Temeroso Quesada de comprometerse en funesta lucha con aquel montón de hombres, que parecían hormigas por lo numeroso que eran, concibió una pronta y audaz idea, que inmediatamente puso por obra.

Apoderose del zaque.

Verificada la captura, los indios no se atrevieron á hacer resistencia, aterrados como estaban con la audaz y súbita resolución del Adelantado.

El tumulto se dispersó en breve. Todos los indí-

genas, hombres, mujeres y niños, huyeron hacia los montes; pero salvaron todo cuanto pudieron, incluso gran cantidad de los tesoros del zaque.

Llegada la noche, los españoles se entretuvieron recogiendo lo que encontraron y encendieron antorchas para practicar la operación mejor.

Lo que re juntaron fué amontonado en el patio de la estancia de Quemunchatocha.

Nada se escapó á la codicia de los ochies: saquearon los templos, profanaron los cementerios, demolicieron los palacios, y locos de alegría y ébrios insaciables de inmensas riquezas, gritaban: «Perú, Perú!»

Aquellas cantidades enormes de oro encontradas en Hunza formaron montones tan altos, que detrás de ellos no se alcanzaba á ver á los soldados de á pie.

No obstante, aquella plétora de metal precioso no alcanzó para saciar la codicia de los conquistadores...!

Por sugerencias de sus compañeros de armas, exigió Quesada á Quemunchatocha, como rescate, una considerable cantidad de oro.

Indignado el prisionero con la codicia insaciable y la rebelde obstinación de sus carceleros, les motejó su conducta y los provocó para que dispusieran de él á su antojo.

«Cualquiera que sea la violencia que cometáis conmigo,—les dijo,—nunca será suficiente para que mandéis en mi voluntad».

Jiménez de Quesada supo valorar la firmeza de carácter de aquel noble chibcha y lo trató con las consideraciones debidas á un prisionero.

La conquista estaba en su elemento.

Convencidos los españoles de que no podrían conseguir más oro en Hunza, resolvieron trasladarse á

Suamoz para ver el templo chibcha, tan afamado por sus riquezas.

Llegaron á Paipa.

Allí recibieron unos mensajeros con un corto presente y un mensaje del cacique de Tundama en que los invitaba á no seguir la marcha, hasta después que les hubiera reunido, en Paipa, todo el oro que había en los alrededores.

Quesada fué otra vez víctima de otro fiasco. Los astutos indios tundamas sacaron todo el oro que poseían y lo ocultaron en las alturas opuestas á la planicie, en cuyas faldas había un pueblo. Allí, en aquella eminencia, para colmo de escarnio, llamaron á los castellanos para indicarles que fueran á Tundama á coger oro y piedras preciosas.

Los tontos volvieron á ser burlados: corrieron ávidos á la población abandonada, y, mientras buscaban los codiciados tesoros, los naturales, desde las alturas, los colmaban de insultos y de burlas.

Abochornados se retiraron, camino á Iraca, valle hermoso y fertilísimo, que conduce á Suamoz.

Al anochecer tuvieron un asalto; pero los indios fueron derrotados. La caballería, favorecida por lo igual del llano, cargó sobre los suamoes, que, acosados por las lanzas y por los caballos, corrieron en fuga.

El Adelantado con sus tropas entró al pueblo, penetró en el templo y causole asombro la venerable é imponente presencia de un anciano jeque, que era el cacique y pontífice de Suamoz, de barba y cabellos canos, el primer indio barbado que los conquistadores vieron en la América.

En el suntuoso templo donde estaba el jeque había varias momias, colocadas en fila y adornadas con joyas de oro finísimo.

Como era de noche cuando entraron, se apoderaron los conquistadores, de antorchas encendidas, para alumbrar el interior del edificio y contemplar mejor al pontífice.

Comenzaron su profana tarea de despojar aquellos cuerpos humanos conservados, de los adornos que la piedad y el afecto de raza habían consagrado á la memoria de sus héroes ó semidioses.

La labor fué difícil y por consiguiente tardía. En su absorción, arrojaron los castellanos las teas encendidas sobre el pavimento, y como el esterado era de esparto, se incendió, y las llamas, alentadas por el viento, se apoderaron de las paredes.

Poco fué lo que recogieron.

El jeque pereció en el incendio.

Los chibchas, desde sus alturas, contemplaron aquel artificial metéoro, espectáculo *horriblemente bello*, que concluyó con el más suntuoso de sus templos, en cuya construcción emplearon muchos años, lo dirigieron los más hábiles arquitectos é invirtieron los mejores materiales, traídos de tejanos y ardientes valles.

Los chibchas lloraron la muerte del pontífice Sugamucsi.

Era él, el primado de la religión chibcha, el profeta en la paz, el mediador en la guerra, el defensor del dogma, el propagador de la moral, el depositario de la ciencia, el intermediario con Bochica....

Sus súbditos le construyeron un sepulcro....

En la piedra que cubría sus venerandos despojos pusieron este epitafio:

«Agay quandola in!

*«Assy quahaia su cubumá, Sugamucsi, psihipqua
Pabú blyzysuca tiqúe bizquá;*

*Suz iho muisca ti Cundinamarca:
 Bie puyquy es chie ti quisca:
 «Suz mugue ti chutas, sues macta muisca ælnezegusqua
 chiez bei sua piquihiza,
 «Agadis zegúsqua bi fhisca».*

*«¡Oh gran dolor!
 «Aquí yace el gran Sugamucsi, compasivo y amante
 pastor de su rebaño; el mejor hombre de Cundinamarca;
 la corona y honra de su nación; el amigo de los hijos del
 Sol y que al fin adoró las luces del Sol eterno.
 «Roquemos por su alma.»*

Sufrido el nuevo descalabro, resignáronse los ochies, y, después de mucho reflexionar, acordaron volver a Hunza.

Allí tenían acopiados los tesoros que habían acumulado antes de su retirada y los guardaba un destacamento.

El infeliz zaque Quemunchatocha, agoviado por los trabajos y penalidades consiguientes á su cautiverio, murió de tristeza.

Los ochies destinaron á los indígenas que tenían prisioneros, para *cargueros* de los zurrones de cuero llenos de oro, que transportaron.

Esta medida la adoptaron para que descansaran los caballos.

Era tal el afecto que los ochies tenían á estos cuadrúpedos, que para no fatigarlos demasiado, obligaban á los indios á cargar las sillas de montar y los demás aperos de viaje.

Después de movilizadas todas las riquezas acopiadas en Hunza, quedaron los castellanos con la quisquilla en el cuerpo, motivada por la burla que les

habían hecho los tundamas y mostraron ardientes deseos de darles un escarmiento.

El cacique de aquél pueblo aceptó la provocación de los castellanos y se alió á la tribu de los serinzas.

Gonzalo Jiménez de Quesada, se dirigió con sus suegaguas á los confines de Tundama, en donde los naturales lo recibieron en aptitud bélica.

Tenía el tundama tropas mejor ordenadas y disciplinadas que las que hasta entonces habían visto los españoles.

Trabose la pelea.

El Adelantado estuvo á pique de quedar en el campo por haberse caído del caballo. Por fortuna, los indios fueron atropellados y huyeron.

La batalla recibió el nombre de *Bonsa*, que en chibcha significa *castigo*.

Los vencedores dispusieron correr en persecución de los tundamas, hasta Suezca.

Allí quedaron estacionadas todas las tropas del Adelantado, con excepción de cincuenta hombres que, junto con él, se dirigieron al valle de Neiva, donde encontraron un indio que les proporcionó muy poco oro y prometió darles más á cambio de regalos.

Cansado Jiménez de Quesada de esperar el regreso del indio y agoviado además por la fiebre y la falta de alimentos, resolvió regresar á Muequetá, abandonando los tesoros acopiados en sus excursiones, por no poder llevarlos consigo.

Los soldados no estuvieron de acuerdo con su jefe y amenazaron sublevarse.

Después de muchas discusiones, convinieron en que los más fuertes conducirían las riquezas acopiadas, hasta la planicie de Bogotá.

Hiciéronlo así, abandonando al rico y ameno valle de Neiva, al cual por haberlos recibido tan mal,

le pusieron el nombre de *Valle de la Tristura*, en desagravio de las desgracias que allí experimentaron.

El reparto que se hizo de los tesoros recogidos en el territorio chibcha, según la relación de los cronistas del siglo dieciseis, fué tan grande, que á cada soldado de á pie, deducidos los quintos reales, le tocó la suma de \$ 520; el doble á los de á caballo; siete porciones á Quesada, y nueve á Lugo, otro español que también era Adelantado, las cuales tomó Quesada para sí, cuando supo que aquél había muerto.





CAPÍTULO XV

Caída del traidor

En lo mejor del combate que el Capitán Juan de Céspedes sostuvo contra los panches y que concluyó con su retirada hacia Muequetá, Pericón y los dos guías desaparecieron, sin que los ochés se hubieran apercibido.

La ausencia de los tres indios no tuvo explicación para el capitán, quien la atribuyó á la probable muerte de ellos, ó á la prisión en que hubieran caído, en poder de los panches; pero no fué ninguno de estos accidentes lo que dió lugar á la desaparición.

Cuando el astuto Pericón notó que el combate favorecía á las armas panches, huyó con sus compañeros, á Tanaguasá, para unirse á Thisquezuzá y preparar el ejército chibcha para acabar con el del Adelantado, á quien suponía ya perdido, con la derrota del capitán Céspedes.

Vitta, que estaba en Bacatá, preparó una celada para atentar contra la vida del Adelantado.

En són de guerra marcharon todas las tribus de los chibchas al campo de batalla; eran tan numerosos que se contaban por miriadas.

Thisquezuya y Pericón pusieronse á la cabeza; pero cuando llegaron al campo, ya Céspedes se había retirado con dirección á Bacatá, y las esperanzas y los proyectos de los chibchas quedaron desvanecidos por completo.

Para colmo de desdicha, faltos de previsión, no anunciaron á los panches su visita, y éstos, al verlos avanzar á sus territorios, con tantos aprestos bélicos, creyeron que iban á atacarlos, y les hicieron resistencia.

Terrible fué la campaña.

Chibchas y panches se atacaron con valor admirable. La hecatombe fué horrorosa. Los dos ejércitos se causaron enormes bajas.

Los panches corrían que volaban: sus vestidos consistían en ensartas de plumas de distintos colores y en turbantes de la misma catadura.

El marchar era admirable, en buen orden militar, al són de los tinibales, los caracoles y los tambores. Flechas, macanas y dardos eran sus armas.

Resueltamente se adelantaban, de modo que los chibchas viendo su ímpetu, apenas tenían aliento para aguardar la arremetida.

Al cabo de algunas horas de combate, los chibchas comenzaron á desertar y á huir.

Pericón y Thisquezuya conferenciaron.

No se dieron cuenta del acontecimiento, que atribuyeron á lo imprevisto, y se decidieron por emprender la retirada.

Los panches, al observar el desfile de sus contrarios, marcharon tras ellos, en persecución, mataron á los que todavía se resistieron y tomaron prisioneros á los que se rindieron.

Thisquezuya logró escapar.

Pericón, herido de gravedad cayó prisionero.



CAPÍTULO XV

Caída del traidor

En lo mejor del combate que el Capitán Juan de Céspedes sostuvo contra los panches y que concluyó con su retirada hacia Muequetá, Pericón y los dos guías desaparecieron, sin que los ochés se hubieran apercibido.

La ausencia de los tres indios no tuvo explicación para el capitán, quien la atribuyó á la probable muerte de ellos, ó á la prisión en que hubieran caído, en poder de los panches; pero no fué ninguno de estos accidentes lo que dió lugar á la desaparición.

Cuando el astuto Pericón notó que el combate favorecía á las armas panches, huyó con sus compañeros, á Tanaguasá, para unirse á Thisquezuzá y preparar el ejército chibcha para acabar con el del Adelantado, á quien suponía ya perdido, con la derrota del capitán Céspedes.

Vitta, que estaba en Bacatá, preparó una celada para atentar contra la vida del Adelantado.

En són de guerra marcharen todas las tribus de los chibchas al campo de batalla: eran tan numerosos que se contaban por miriadas.

Thisquezuya y Pericón pusieronse á la cabeza; pero cuando llegaron al campo, yá Céspedes se había retirado con dirección á Bacatá, y las esperanzas y los proyectos de los chibchas quedaron desvanecidos por completo.

Para colmo de desdicha, faltos de previsión, no anunciaron á los panches su visita, y éstos, al verlos avanzar á sus territorios, con tantos aprestos bélicos, creyeron que iban á atacarlos, y les hicieron resistencia.

Terrible fué la campaña.

Chibchas y panches se atacaron con valor admirable. La hecatombe fué horrorosa. Los dos ejércitos se causaron enormes bajas.

Los panches corrían que volaban: sus vestidos consistían en ensartas de plumas de distintos colores y en turbantes de la misma catadura.

El marchar era admirable, en buen orden militar, al són de los tinibales, los caracoles y los tambores.

Flechas, macanas y dardos eran sus armas.

Resueltamente se adelantaban, de modo que los chibchas viendo su ímpetu, apenas tenían aliento para aguardar la arremetida.

Al cabo de algunas horas de combate, los chibchas comenzaron á desertar y á huir.

Pericón y Thisquezuya conferenciaron.

No se dieron cuenta del acontecimiento, que atribuyeron á lo imprevisto, y se decidieron por emprender la retirada.

Los panches, al observar el desfile de sus contrarios, marcharon tras ellos, en persecución, mataron á los que todavía se resistieron y tomaron prisioneros á los que se rindieron.

Thisquezuya logró escapar.

Pericón, herido de gravedad cayó prisionero.

Reconocido por los panches, fué puesto en seguro, y asistido y curado de sus heridas, fué juzgado en consejo de guerra, por los delitos de traición y rebelión.

Los jueces que compusieron el tribunal eran jeques que, reunidos en una *cuca*, recibieron las pruebas que acusaban á Pericón como aliado de los ochíes y aliado de los panches, para beneficiar, con su traidora conducta á sus connaturales los chibchas, con perjuicio de los de su raza y de su tribu.

Pericón tenía además en su contra, una desventaja. Cuando Michua fué sentenciada á morir en las brasas, por haber atentado contra el Gran Panche, fué él condenado á perder las orejas y expuesto en la frontera, á la intemperie, para que en esas soledades pereciera de hambre y sed, ó devorado por las fieras.

El recuerdo de aquel episodio no pudo ser olvidado por los panches, y además, la ausencia de las orejas conservaba latente el recuerdo de la desgracia del pobre acusado.

Los jeques concedieron á Pericón la palabra para que dijera lo que á bien tuviera para sincerar su conducta y hacer su defensa.

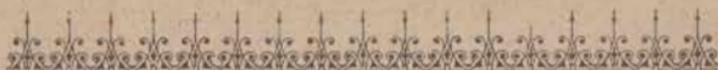
Abrigaba él la esperanza de que Panquiaco aplacaría su encono, tan luego informara sobre las circunstancias que le habían movido á observar conducta tan voluble.

Mucho se forzó por desvanecer los cargos; demostró que su proceder era noble y natural por tratarse del triunfo de su patria sobre sus enemigos; apostrofó á sus jueces, que en igualdad de situación habrían obrado de idéntica manera en beneficio de su tribu: expuso la situación del verdadero traidor que por temor al enemigo ó por una vil paga, entrega

sus compatriotas; y parangonó al que como él servía con lealtad y buen acierto á su patria, con el infame traidor á quien el mismo enemigo á quien presta ayuda rechaza con desprecio.

Mucho disertó, mucho argumentó; pero, resuelto por el Tribunal, que la cuestión era de vida ó muerte para la nación panche y el negocio se había hecho de estado; toda argumentación fué inútil y todo empeño por salvarse estéril.

Los que componían el consejo odiaban á Pericón y le tenían envidia. Aprovecharon aquella ocasión propicia, resolvieron que era indispensable hacer un escarmiento y condenaron al *traidor* á ser zaetado en la mañana del siguiente día, y á ser degradado antes, delante del ejército en formación.



Epílogo

A toda hora del día ó de la noche sorprendían los chibchas á los suegaguas y causábanles los mayores descalabros.

No desperdiciaban ocasión, desde la altiplanicie, para molestarlos y tenerlos en constante alarma. Los peninsulares, por su parte, no podían hacer otra cosa que repeler á los asaltantes, quienes con rapidez suma huían y se acogían á las lagunas.

Tres meses duró el azar, y, aunque siempre los indígenas llevaban la peor parte; dispuso, no obstante, Jiménez de Quesada, correr en su persecución para librarse de una vez, de tan porfiados como irreconciliables enemigos.

Preparábase la expedición para marchar á combatirlos, cuando fué invadida la capital chibcha y atacada por las llamas, que, por fortuna, no causaron grandas estragos, debido á la actividad que desplegaron los soldados del Adelantado para apagar el incendio.

Los principales edificios, como la casa de la Real Audiencia, el palacio de Jiménez de Quesada, el museo de pinturas y otras obras indígenas de arte, la casa de moneda y otras preciosidades, fueron totalmente destruídas por las llamas.

Profundamente irritado Jiménez de Quesada con la conducta traidora de los chibchas, aceleró el envío de la expedición y la internó por el camino del Poniente.

Propuso hacer prisionero á algún indio que se encontrara en las inmediaciones, para obligarlo, por grado ó por fuerza, á revelar el paradero de Thisquezuzza y de sus tropas.

Acordado el plan, la comitiva se ocultó cerca de las montañas; porque las extensas llanuras, que se veían desde las eminencias, carecían de vegetación y presentaban la apariencia de estériles desiertos.

Contemplaban los castellanos, desde las alturas, los preparativos de los chibchas y pudieron comprender que el sagaz Thisquezuzza preparaba una nueva remetida.

Reunió Jiménez de Quesada á sus subalternos, para combinar el plan más á propósito para ahuyentar á los indígenas, y convinieron en que una comisión nocturna fuera á espiar la llanura.

Al siguiente día, quince hombres fueron á explorar el campo, bajaron de la montaña y penetraron en la Sabana.

Los indígenas parecían atontados y su campo estaba en un desorden completo. Se daban camorra los unos á los otros, en medio de una terrible é infernal *guachabara*.

«Aprovechemos la ocasión»,—dijo el Capitán Pacheco á su lugar teniente Juan de Cespedes,—«para dar el asalto».

Estoy dispuesto,—repuso el lugarteniente;—pero bueno es un refuerzo,—porque apenas somos quince los que formamos la comisión.

—Tiene V. razón, Capitán Céspedes; pero démosles antes un golpe de mano á esos impertérritos indios: secuestremos uno ó dos de ellos. Por este me-

dio conseguiremos tal vez lo que no obtendríamos con un ataque: sabremos lo que piensan, descubriremos lo que maquinan contra nosotros; acaso obtendremos noticia del paradero de Thisquezuzza y de sus tesoros.

—Está bien, Capitán Pacheco.

—Manos á la obra; pero....

—Opino que debemos replegarnos, para prevenir cualquier contratiempo.

—Es V. bastante previsor. Sigamos su indicación: seis á la izquierda para dominar aquella casa de la primera fila; los otros nueve darán el frente. Al primer indio joven que se vea salir se le hará buena presa y asunto concluído.

Lo pondreis en la grupa del caballo y echareis á correr á todo galope. Los demás harán fuego sobre los arrojados que tengan la avilantez de perseguirnos; pero....¿quién se encarga de hacer la buena presa?

—Yo,—contestaron todos á un tiempo.

—Debe encargarse de esa comisión el Capitán Céspedes,—por haber sido él quien ha concebido la idea,—repuso el Capitán Pacheco.—Le guardaré la espalda. Si hubiere pelotón, se hará irremisiblemente fuego.

—Enterados,—respondieron todos.

—A la obra!

—A la obra....!—A la obra!

Los de la comitiva se dividieron en dos alas y rodearon la primera choza que encontraron á la vista.

Dos jóvenes indígenas estaban casualmente adentro, entregados al sueño.

Sólo necesitaban uno; pero el Capitán Pacheco viéndolos perplejos en la elección, con el arrojo que siempre lo distinguió, dispuso en el acto, hacer la

captura de los dos: él tomó el uno y el Capitán Céspedes el otro.

Asustáronse los dos indios, al despertar y ver junto á ellos á los invasores: trataron de huir; pero con la celeridad del ave de rapina se apoderaron de ellos los dos Capitanes, colocáronlos en las grupas de los caballos y echaron á galopar.

Los dos mozos formaron algarabía y alborotaron á los demás, que, aunque borrachos é inadvertidos, quisieron acudir á su defensa; pero ya era tarde.

Los secuestrados fueron conducidos á la montaña.

Los dos jefes de la comitiva comparecieron delante del Adelantado y le presentaron los dos prisioneros.

Por ellos se supo que el cipa, después de larga ausencia, había regresado y se encontraba en la llanura, mandando desde Facatativá á sus soldados.

También se supo que Thisquezuza se preparaba para asaltar á Muequetá en una de las siguientes noches, con el deliberado propósito de volver á incendiarla y reducirla totalmente á cenizas, para exterminar á los suegaguas y volver á fijar sus lares en la región que le había sido arrebatada por los conquistadores.

Sesenta mil hombres componían el ejército chibcha, todos bien disciplinados y aguerridos.

El Adelantado, con estas noticias, ideó un asalto nocturno.

Thisquezuza una que otra vez salía de su escondite, para inspeccionar y dar órdenes.

En una de tantas quiso la casualidad que el Adelantado verificara su asalto y los desprevenidos chibchas no acertaron á defenderse.

En el momento del ataque valiéronse de teas para alumbrar el campo, con lo cual proporcionaron mayor ventaja á los asaltantes; porque sus tiros eran más certeros.

El cipa, viendo el destrozo que los suegaguas hacían en los chibchas, ordenó que arrojaran las teas sobre el enemigo; pero sin resultado favorable; porque las armas de los suegaguas causaron muchas bajas en el ejército indígena.

Quiso huir Thisquezuzza, cuando se vió perdido, valiéndose de un disfraz para no ser reconocido. Estaba ya fuera del campo cuando fué herido de muerte por el pasador de una ballesta que llevaba un soldado suegagua llamado *Alonso Domínguez*, que le tiró sin conocerlo.

Los usaques ocultaron el cadáver, para evitar que fuera profanado por los españoles; pero fué descubierto por otro soldado, de nombre *Gaspar Méndez*.

Así concluyó sus días el penúltimo soberano de los chibchas.

Con él puede decirse que cayó el poder de los cipas y se cumplió la profecía del Gran Nenterequeteba, de que el territorio de los chibchas caería bajo la dominación de los forasteros, cuando á manos de éstos cayera muerto un cipa.

Acuciosos anduvieron los españoles buscando en la ranchería el oro, las esmeraldas y otras curiosidades y riquezas muísicas.

Conejos, zainos, venados y variedad de aves encontraron en el palacio de los cipas.

Abrigos y otros objetos de lujo tenía Thisquezuzza en sus alcázares y casas-quintas.

Muchas thiguyes y muchos siervos formaban su séquito y muchos adornos decoraban los aposentos más humildes y retirados de aquellas suntuosas habitaciones.

La codicia y la ambición de los conquistadores se estrelló, sin embargo, en Bogotá y en Facatativá,

en donde solamente encontraron unas miserables alhajas, de insignificante valor, cuyo precio no compensó las molestias y gastos que proporcionó una empresa de tanta magnitud, como lo fué, bajo todos aspectos, la de la completa conquista y colonización del vasto imperio chibcha y la fundación del Virreinato de la Nueva Granada.

A Thisquezuzza le dieron por sucesor á Saquezacipa, sobrino también de Nemequene, quien se alió á los españoles y reconoció al fin la soberanía del rey de España, á la cual se sometió.

Este último cipa, después de crueles torturas, por no haber entregado á sus dominadores los tesoros del anterior monarca, concluyó sus días en un calabozo.

Los otros pueblos que componían la nación chibcha, con sus caciques caídos, se entregaron al Conquistador: unos por grado, otros por fuerza.

El Adelantado, después de haber descubierto tierras, fundado ciudades, hecho exploraciones y aumentado el poder de la corona de España con riquezas inmensas y extensos dominios, fué como los demás descubridores, víctima de la ingratitude, por más de una vez; y ya viejo é indigente, pereció en el país por él conquistado, á consecuencia de los sufrimientos que le causó la lepra.

Por último, caído el imperio chibcha, dio comienzo el período del coloniaje con la dominación española.

FIN

EXPLICACIÓN

de las voces chibchas ó anticuadas que aparecen
usadas en el texto de esta obra

Aba.—Medida de capacidad para granos. Llamábase también así al *maíz*.

Ata.—Significa *uno*. En el lenguaje agrícola significaba el tiempo próximo á la siembra.

Bacatá.—Llamada también *Muequetá* era la capital del imperio chibcha. Hoy se llama *Funza*, es un distrito de la Provincia de Bogotá en el Departamento de Cundinamarca y dista dos miriámetros de Bogotá.

Bachúe.—Diosa á quien los chibchas reputaban como madre del género humano. Tenía á su cargo las sementeras y desempeñaba el mismo papel que los lares y penates de la mitología griega.

Bochica.—Dios benefactor de los chibchas y competidor de Chibchacum. Era el Ormuz de los persas.

Busongote.—Hoy *Cajicá*. Distrito de la Provincia de Cipaquirá en el Departamento de Cundinamarca. Dista de Bogotá cuatro miriámetros.

Cagüi.—Significa *media noche*.

Cipa.—Emperador chibcha.

Cipaquirá.—Capital de la Provincia del mismo nombre en el Departamento de Cundinamarca. Los jefes ó caciques de este pueblo se llamaban *usagues*. Dista de Bogotá cinco miriámetros.

Cuca.—Especie de seminario, donde se educaba á los niños que se dedicaban á la carrera eclesiástica. Se les sometía, desde la edad de diez años, á una dieta rigurosa; sólo se les permitía comer una vez al día, alimentos muy ligeros; se les instrua en las ceremonias, en cronología, en botánica y en los demás conocimientos científicos de la nación.

Llamaban también *cuca* á un aposento contiguo á la iglesia, destinado á sacristía, donde los jeques ó sacerdotes se ponian sus insignias y vestiduras para la celebración del culto.

Cuchavira.—Significa *arco-iris*.

Cundinamarca.—Se llamaba *Cunduncurca* por los chibchas. Hoy lleva este nombre un departamento, cuya capital es Bogotá, que lo es también de toda la República de Colombia.

Chaquéén.—Es el dios Término de los chibchas.

Chía.—Distrito perteneciente á la Provincia de Bogotá en el Departamento de Cundinamarca. Dista tres miriámetros, cinco kilómetros de Bogotá.

Chibchacum.—Dios genio del mal y competidor de Bochica. Era el Arhimán de los persas.

Chipatá.—Uno de los primeros pueblos del interior de Colombia que visitaron los españoles. Hoy es distrito de la Provincia de Vélez en el Departamento de Antioquía. Dista de Bogotá dieciocho miriámetros, cinco kilómetros.

Chircate.—Poncho ó manta cuadrada, de algodón, que usaban las indias principales. Cefiánselas a la cintura con una faja.

Ebaté.—Hoy es *Ubaté*. Es capital de la Provincia del mismo nombre en el Departamento de Cundinamarca. Llevaba este mismo nombre el cacique del lugar. Dista de Bogotá nueve miriámetros.

Ebaque.—Significa *sangre de madero*. Hoy es Ubaque, pertenece á la Provincia de Oriente en el Departamento de Cundinamarca, queda cerca de la laguna del mismo nombre y dista de Bogotá tres miriámetros. Hay un río, que se llama lo mismo, que nace en los páramos que existen en el oriente de Bogotá y desemboca en el Río Negro.

Encomiendas.—Llamaban así á los indios que los españoles hacían prisioneros y repartían luego como esclavos para destinarlos á los trabajos de carga en lugar de las bestias.

Firabitova.—Distrito de la Provincia de Tundama en el Departamento de Boyacá. Dista de Bogotá veintiún miriámetros, cinco kilómetros.

Funza.—Antes *Bacatá* ó *Muequelá*. Véase *Bacatá*

Hay también un río con el mismo nombre, que nace en el páramo de Gachaneque y desemboca en el río Magdalena. Se llama también *Río Bogotá* y forma el precioso salto de *Tequendama*, distante dos miriámetros de Bogotá, y está á 2467 metros de altura sobre el nivel del mar.

Fuquene.—Hoy *Fúquene*. Distrito perteneciente á la Provincia de Ubaté en el Departamento de Cundinamarca. Dista de Bogotá diez miriámetros, cinco kilómetros. Hay una laguna del mismo nombre, distante del pueblo como cinco kilómetros.

Fusachogua.—Hoy es distrito perteneciente á la Provincia de Bogotá en el Departamento de Cundinamarca y estaba si-

tuado en el valle de los sutagaes. Dista de Bogotá cuatro miriámetros, cinco kilómetros. Hay un río del mismo nombre que nace en el Departamento del Tolima y desemboca en el río Magdalena.

Guachabara.—*Algarabta.*

Gnasca.—Hoy es distrito perteneciente á la Provincia de Cipaquirá en el Departamento de Cundinamarca. Los caciques ó soberanos de este lugar se llamaban *usaques*.

Guatavita.—Llamábase antes de la conquista *Guataviza*. Está situada al S. O. de la laguna del mismo nombre. Hoy es distrito de la Provincia de Cipaquirá en el Departamento de Cundinamarca.

Guechas.—Jefes militares que hacían la policia de las fronteras. Se remudaban por periodos determinados del año.

Guesas.—Nombre dado á las víctimas humanas destinadas al sacrificio.

Gueta.—Significa *veinte* y es también voz de agricultura que en el orden de la siembra es *casa* y *sementera*. Representábase al dios de este nombre por un sapo, como símbolo de felicidad.

Hunsa.—Hoy Tunja. Capital del Departamento de Boyacá. Dista de Bogotá dieciseis miriámetros, cinco kilómetros. Los caciques de este pueblo se llamaban *zaques*. Hay un páramo del mismo nombre, Tunja, llamado también de *Soracá*, al Sud Oeste de Tunja.

Hisca.—Significa *cinco* y también *jardín ó paraíso*.

Igaque.—Una laguna, distante cuatro leguas al norte de Tunja.

Iraca.—Jefe chibcha que desempeñaba el cargo de Pontífice supremo y residía en el pueblo del mismo nombre.

Jatofá.—*La yuca.*

Jeques.—Sacerdotes chibchas.

Lenguasaque.—Distrito de la Provincia de Ubaté en el departamento de Cundinamarca. Dista de Bogotá nueve miriámetros, cinco kilómetros.

Liquira.—Manta pequeña que las indias usaban para medio cubrir el pecho. La sujetaban con un alfiler grande llamado *topo*.

Momias.—Cadáveres conservados, de los cipas chibchas, que se guardaban con religioso recuerdo y se sacaban á los combates para inspirar valor á los combatientes é infundir pavor al enemigo.

Moque.—Resina que quemaban los indígenas en honor de los dioses.

Muequetá.— ó **Bacatá.** Véase *Bacatá*.

Neiva.—Capital de la Provincia del mismo nombre y del Departamento del Tolima. Dista de Bogotá treinta miriámetros. Hay un río del mismo nombre, tributario del Magdalena.

Nemequene.—Cipa chibcha á quien estaban sometidos los caciques de los pueblos comarcanos del mismo origen.

Nemocón.—Significa *Lamento de León*. Hoy es distrito de la Provincia de Cipaquirá en el Departamento de Cundinamarca. Dista de Bogotá seis miriámetros, cinco kilómetros.

Nencatatoa, ó Fö.—Dios chibcha, especie de Baco, á quien estaba consagrada la chicha. Era el dios de los pintores. Llamábase también *Sorra*.

Nenterequeteba —Llamábase también *Nenqueteva, Bochica, ó Iducanzas*. Véase *Bochica*.

Ochíes.—Nombre dado por los chibchas á los españoles. También los llamaban *Suegaguas*.

Paipa.—Distrito de la provincia de Tundama en el Departamento de Boyacá.

Poncho.—Véase *Chircate*.

Pulex penetrans.—Niguas.

Quinoa.—Especie de patata muy nutritiva que componían los chibchas en forma de mazamorra ó puche.

Saboyá.—Distrito de la Provincia de Occidente en el Departamento de Boyacá. Dista de Bogotá catorce miriámetros.

Saguanmachica.—El más antiguo cipa de los conocidos. Reinó en 1470 y murió en un combate que sostuvo con Michúa, Zaque de Huna.

Sarabita.—Río llamado también *Suárez*, que tiene origen en la laguna de Fúquene, en Cundinamarca.

Serínza.—Aldea.

Simijaca.—Distrito de la Provincia de Ubaté en el Departamento de Cundinamarca. Está situado en un valle, en el camino de Chiquinquirá. El cacique de dicho pueblo llevaba el mismo nombre.

Somondoco.—Distrito de la Provincia de Oriente en el Departamento de Boyacá. Dista once miriámetros de Bogotá.

Sua.—El sol.

Suacha.—Hoy *Soacha*. Es distrito de la Provincia de Bogotá en el Departamento de Cundinamarca. Dista de la capital un miriámetro, cinco kilómetros.

Suameca.—Medio día.

Suamena.—La aura.

Suamoz.—Hoy *Sogamoso*. Es distrito de la Provincia de Tundama en el Departamento de Boyacá. Dista de Bogotá, veinti-

tidós miriámetros, cinco kilómetros. Había en él un templo que era el más suntuoso de todos los de los chibchas y fue incendiado por los españoles en el tiempo de la conquista.

Suba.—Distrito correspondiente á la Provincia de Bogotá en el Departamento de Cundinamarca. Dista de la capital dos miriámetros.

Suegaguas.—Nombre dado por los chibchas á los españoles.

Suesca.—Llamábase también *Sucsusa*. (*Cola de Guacamayo*). Hoy es distrito de la Provincia de Cipaquirá en el Departamento de Cundinamarca y está situado en un extenso valle que sirve de asiento al lago del mismo nombre. Dista de Bogotá siete miriámetros.

Suna.—Significa *montaña*.

Susa.—Distrito de la Provincia de Ubaté en el Departamento de Cundinamarca. Está cerca de la laguna de Fúquene y dista de Bogotá once miriámetros.

Tabio.—Lugar de recreo de los cipas. Hoy es pueblo de la Provincia de Cipaquirá en el Departamento de Cundinamarca.

Tausa.—Distrito de la Provincia de Cipaquirá en el Departamento de Cundinamarca. Dista de Bogotá ocho miriámetros.

Tinjacá.—Distrito perteneciente á la Provincia de Occidente en el Departamento de Boyacá. Dista de Bogotá trece miriámetros, cinco kilómetros.

Thiguyes.—Mujeres del cipa. Generalmente se llamaba así á las queridas.

Topo.—Alfiler con que las mujeres chibchas se sujetaban la *liquira* ó manto que les cubría el pecho.

Tundama.—Provincia del Departamento de Boyacá, cuya cabecera es la ciudad de Santa Rosa.

Turca.—Hoy se llama *Pueblo Hondo*. Está cerca de Zorocotá en la Provincia de Ubaté, en el Departamento de Cundinamarca.

Usagues.—Los caciques de Ebaque, Guasca, Guatavita, Cipaquirá, Fusagasugá y Ebaté.

Za.—Nombre que los chibchas daban á la luna.

Zorocotá.—Nombre de un cacique que gobernaba en toda la extensión de terreno bañada por el río Saravita ó Suárez.

ÍNDICE

	<u>PÁG:</u>
ANACÓLUTOS	1
CAPÍTULO I Una fiesta en Muequetá.....	1
CAPÍTULO II Una fiesta en Muequetá (Continuación)	7
CAPÍTULO III Propositiones de alianza.....	11
CAPÍTULO IV Negociaciones de alianza.....	18
CAPÍTULO V Ascensión de Thisquezuzza al cipazgo	28
CAPÍTULO VI Guerra contra los panches	30
CAPÍTULO VII La caja de Pandora.....	36
CAPÍTULO VIII El valle de los alcázares.....	40
CAPÍTULO IX Traición doble	45
CAPÍTULO X Traición doble (Continuación).....	54
CAPÍTULO XI Traición doble (Conclusión).....	62
CAPÍTULO XII Traición triple.....	69
CAPÍTULO XIII Thisquezuzza.....	80
CAPÍTULO XIV Traición triple (Conclusión).....	87
CAPÍTULO XV Caída del traidor	98
EPÍLOGO	104
Explicación de las voces chibchas ó anticuadas que apa- recen usadas en el texto de esta obra.....	111